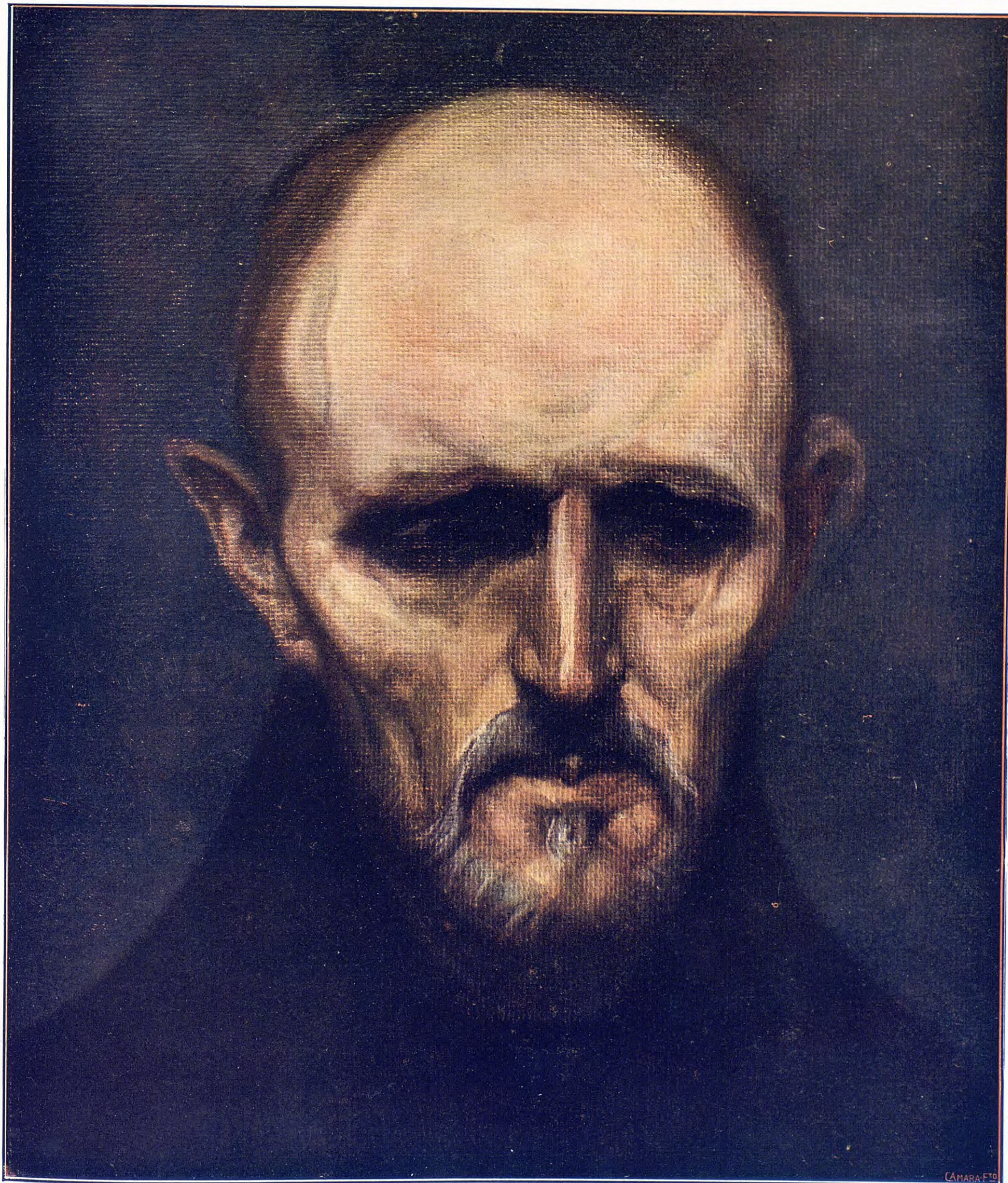


La Esfera

14 Octubre 1916

Año III.—Núm. 146

ILUSTRACION MUNDIAL



SAN IGNACIO DE LOYOLA. Detalle del cuadro de Elías Salaverría

DE LA VIDA QUE PASA TRANSCENDENCIA DE LA GUERRA EUROPEA

HACE tiempo que deseaba comentar un discurso interesante para nosotros y de mucha erudición y doctrina: el que Vázquez de Mella pronunció el 31 de Mayo de 1915 en el Teatro de la Zarzuela. Pasada la ocasión, pasó la actualidad del comentario, y no quiero ser inoportuno con los lectores. Pero no puedo menos de recordar que ningún documento tan luminoso como ese discurso para darnos rumbo y orientación respecto á la política internacional de España. Y aunque mi gran distancia ideológica de Vázquez de Mella tire á evitar con su espíritu toda familiaridad, porque «desde lejos es mayor la reverencia», dejaría de sentirme español si no proclamase á la faz del país que, salvo las exageraciones y exaltaciones á que al gran orador conduce su temperamento tribunicio, pocas veces se ha presentado el ideal nacional resuelto en tan convincente fórmula. No voy, por lo demás, á interpretar lo que Vázquez de Mella dijo sobre este ideal, sino las generalidades internacionales en que lo fundamentó y sostuvo.

Al comenzar su oración famosa temía Vázquez de Mella no asombrase al público la afirmación de que, para muchos políticos españoles, parece que la guerra europea no existe todavía. A los políticos hubiera podido añadir los que se llaman progresistas ó intelectuales. ¡Progresistas de 1914, que quiere decir, según un gran escritor, algo íntimamente remoto! ¡Intelectuales que no quieren ver que, con el espantoso drama, la historia abre los libros de una nueva edad, en la cual todo, desde la filosofía y las ciencias experimentales, hasta la literatura y las artes bellas, tomará nuevas orientaciones!

El «gran escritor» á que antes aludí y que no es otro que Salaverría, cree, de acuerdo en este punto con Vázquez de Mella, que en el mundo ha ocurrido algo supremo, tremendo y trastornador; y declara sin rodeos que le extraña y aun le maravilla que muchos intelectuales españoles aparenten no haberse enterado. Tal vez, como insinúa ese concienzudo publicista, los tales (á mi juicio «supuestos») intelectuales españoles, por un defecto de sensibilidad espectacular, presencian el drama espantoso sin experimentar el choque eléctrico de los acontecimientos. Anotan, cuando más, el transcurso de los hechos; se dan cuenta del cambio de los fenómenos aparentes; hasta pueden comprender, junto con el movimiento de las batallas, las acotaciones marginales de la guerra, como son las reformas políticas, las discusiones de los Parlamentos, los empréstitos, el bloqueo, la asistencia social á los heridos é internados.

Lo dicho por Vázquez de Mella y Salaverría repítelo germanófilos como Cerdá y aliadófilos como Araquistáin. Para los neutrales no existe en esta guerra un problema de espectáculo tan sólo. Trátase de una transformación, la más costosa que haya sufrido la Humanidad. Ni las matanzas que convirtieron el mundo pagano al cristianismo, ni las invasiones que dieron dominio político á la religión mahometana en Asia, Africa y Europa, ni las Cruzadas, ni los cismas y herejías del siglo XVI, ni el exterminio de las razas precolombianas para someter al dominio de Inglaterra y España el Nuevo Continente, fueron sucesos tan cruentos y desoladores como esta gigantesca lucha. La guerra de 1914 pertenece al linaje de los grandes acontecimientos humanos, como el Renacimiento, la Reforma, el descubrimiento de América, la Revolución Francesa, que hicieron que Europa atravesase el vértice de su mayor angustia y determinaron que las ideas de la víspera estaban de moda fuesen, al día siguiente, fundamentalmente substituídas. Y lo que hace más terrible ponerse en contacto con el alma trémula de la Europa actual, es la consideración de que la presente guerra sostiene en ella, no huestes mercenarias que guerreen por la soldada y el botín, sino

pueblos enteros de hombres conscientes, lo más granado de la moderna civilización, que han empuñado las armas impulsados por un ideal sublime.

Si el materialismo histórico ha encontrado ó no en la significación de la presente guerra una confirmación explícita (la implícita con dificultad podrá negarse por lo que toca á Inglaterra, cuyo móvil económico salta á la vista) no me atrevería á afirmarlo; pero los más exagerados partidarios de esa concepción social tendrán que reconocer que la colectividad humana está gobernada por una ley de transformación irresistible, contra la cual todo estancamiento inconsciente ó consciente es inútil, y dicha ley produce una serie de trastornos generales, que, partiendo del choque de intereses de los pueblos, acaban por mudarlos todo: política, derecho, religión, literatura. Aunque admitiésemos con Marx que los fenómenos políticos, jurídicos, religiosos, literarios, dependen todos de una causa fundamental económica, no podríamos quitar tampoco la razón á Vázquez de Mella, cuando afirma que los motivos ó pre-



D. JUAN VÁZQUEZ MELLA

textos de las acciones humanas, tratándose de empresas colectivas, no sirven por completo para juzgar sus consecuencias, que frecuentemente los traspasan. Un conocimiento menos que mediano de la historia basta para hacérselo comprender así.

En el período asiático, inmediatamente anterior al predominio romano, aparece una guerra continua, ó sea una anarquía internacional, entre los imperios de castas. ¿Era un móvil moral el que dirigía semejante guerra? No: era el móvil material de la conquista. Pero ¡cuán lejanas del móvil, cuán vastas y diferentes del factor económico se nos presentan las consecuencias que aquella anarquía produjo en el conjunto de la civilización oriental!

La formación de la potencia romana destruyó la indicada anarquía por medio de un militarismo gigantesco. ¿Iba movida Roma por un fin desinteresado para ejercer una dictadura moral? No: la guerra era una resultante de su rivalidad con otros pueblos, rivalidad movida por la ambición. Y, sin embargo, aquel militarismo gigantesco redujo á una sola unidad política un mundo apenas salido de la barbarie, pero en el que debía brotar seguidamente la civilización occidental.

Al militarismo romano sucedió una gran anarquía proporcionada al militarismo de donde emanaba, y esa anarquía terminó por un militarismo no unitario, representado por las monarquías no absolutas. Contra ellas se hizo la Revolución Francesa, que nos colocó en el régimen moderno. De carácter anárquico en sus orígenes, este carácter venía acentuándose cada día más y nos hubiera conducido á la catástrofe socialista, indicada antes de la guerra, en todo el mundo y que, de haber-

se llevado á cabo, habría terminado con la misma abrumadora reacción militarista, que hoy tanto se lamenta.

No faltan pensadores antisocialistas, entre los que citaré como más caracterizado al sociólogo mejicano Bulnes, quienes, sin perjuicio de admitir en teoría el criterio del materialismo histórico, completado por el criterio de Spencer sobre la fatalidad de la evolución humana, añaden á ambos criterios varias leyes histórico-políticas, la principal de las cuales es la alternativa de anarquías y dictaduras. La potencia romana deshizo los imperios de castas y fundó el derecho público y civil escrito. La anarquía bárbara reaccionó contra la disciplina de Roma, llevada hasta la nulificación individual. Esa misma anarquía evolucionó hasta el feudalismo, que trazó la forma de las nacionalidades y substituyó la imperial. La anarquía moderna representa una reacción saludable contra los absolutismos del antiguo régimen, pero, con ser tan saludable, hubiera degenerado en reacción mortal con el socialismo si éste no hubiera sido detenido y desbaratado por la guerra europea. Nos queda por ver si cuando la guerra acabe el socialismo reaccionará á su vez ó perderá toda eficacia directiva y todo valor mundial.

Aquí será bien que advierta que la catástrofe actual es la más general y más compleja que ha sufrido el linaje humano. Juegos de niños parecen al lado suyo las guerras religiosas del siglo XVI, la guerra de Treinta Años del siglo XVII, las guerras dinásticas del siglo XVIII y la guerra napoleónica que dió comienzo y carácter al siglo XIX. La guerra del siglo XX es una guerra que ha transcendido á todo el globo, y en ella están interesadas no sólo las naciones de Europa, sino que también las de Asia, Africa, América y Oceanía. Esta universalidad de la guerra es la prueba más evidente de su inevitabilidad.

Acorralada Alemania, sabiendo que en el mundo está sola, por dondequiera vuelva los ojos, buscando justicia, no encontrará sino hostilidades enconadas ó frialdades indiferentes, ha puesto al servicio de aquel esfuerzo supremo todas sus energías, así como también su admirable organización, creada y perfeccionada en bien del trabajo, de la industria y del progreso. Porque Alemania, la nación más adelantada y moderna, y por eso también la más socialista, en el buen sentido de la palabra, ha comprendido la necesidad de organizarse y de hacer cooperar las fuerzas ordenadamente, para posibilitar la marcha de esa máquina gigantesca, que es la vasta y complicada vida de un pueblo moderno. Pero entiéndase que la victoria alemana no significa hasta hoy la victoria únicamente de la máquina, sino del alma que á esa máquina anima, y dígame con Antonio Pérez: «Si Alemania vence, no son la organización y el militarismo los que la empujan hacia la victoria. Es victoriosa porque la historia le ha otorgado á ese pueblo, madurado ya para ello, el turno de esplendor y florecimiento de que ya gozaron un día los pueblos que contra ella se han alzado, no queriendo resignarse al puesto de segundo orden que el destino parece querer reservarles.» No puede ser más llana la razón: de una parte, Alemania lleva ventaja á Francia, cuya política se consume en perennes ensayos y turbulencias; de otra parte, lleva ventaja á Inglaterra, cuyo poderío, injusto á todas las luces, en el origen y en la práctica, no tiene otros cimientos que la soberbia y el egoísmo. Comprensible es, por tanto, que la última nación quiera destruir el nuevo y pujante Imperio que, frente al suyo, arcaico y vetusto, se levanta avasallador, y que tiene por dogma fundamental político la anteposición del derecho á la libertad, para lograr que la libertad se defienda sólo por medio del derecho.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

ENSEÑANDO Á SER HÉROES



UNA CONFERENCIA SOBRE EL SERVICIO DE EXPLORACIÓN, DADA POR UN OFICIAL INGLÉS EN UN TEATRO DE AFICIONADOS, CERCA DE LA LÍNEA DE FUEGO

DIBUJO DE HUGO MATANIA

LA ESFERA

ARTE MODERNO



PASTORA IMPERIO. Caricatura original de Juan Alonso



El rayo, la noche, la luna y el amor

EN el cielo de la noche negra y profunda, un rayo puso un instante la siniestra alegría de su zigzág plateado y la antigua voz de Júpiter rodó á lo lejos como un grave clamor.

El poeta, que aquella noche, como todas las de su vida, vagaba al abrigo de las sombras propicias al pensamiento, al pecado y al amor, detúvose un punto, fija en la celeste bóveda la mirada, y amó al rayo porque era rápido y luminoso como una idea feliz, y amó aún más á la obscura noche que lo dejaba brillar.

El poeta amaba á la noche pecadora y satánica, de los criminales y de los enamorados. Amaba á la sombra, que es amiga del misterio y prestigio de líricas fantasmagorías á la grosera realidad.

Odiaba al sol, porque era, según él, padre de la pereza y enemigo del ensueño. El sol es analítico, detallista, indiscreto y delator. La sombra, compañera del ideal, la sombra donde duerme la belleza artística que no se entrega, aborrece la exactitud cotidiana y prosaica y desdibuja y embruja la seca hostilidad de los contornos.

La sombra es idealista y en las sombras de la noche reina la luna. La luna de los navegantes y de los soñadores, la luna de los recién casados y de los que se aman sin sanción. La luna que nimbó de luz de ensueño la escala del balcón veronés; la luna que iluminó con luz fantástica la trágica explanada de Elsinor. La que ru-

tiló sobre el casco de Lohengrín y tornó azul la blancura de los cisnes de Luis de Baviera; la que rieló sobre las herrumbrosas armas del sublime loco manchego cuando veló en la venta; la que llenó de filosofía la cueva de Segismundo é hizo palidecer á la roja narizota de Cyrano. La luna del gato enamorado, la luna á quien ladra el perro visionario y contempla el sabio buho de los helenos. La luna de Shakespeare, de Cervantes, de Calderón, de Heine, del campanario de Musset, del ajeno de Verlaine, de las farsas de Pierrot y de los rimados funambulismos de Banville. La luna de los lagos alemanes, de los parques versallescos y de los mares italianos. La luna de las sonatas de Beethoven, de los alejandrinos de Ruben Darío y de las mandolinatas sentimentales.

El poeta la amaba, y decíase que el sol y el día son hombres y la noche y la luna son mujeres. Y al pensar en las mujeres, y al mirar la sierpe de plata que trazaba el rayo, huésped instantáneo de los cielos, su cerebración hecha el extraño consorcio de las relaciones lejanas, asoció las ideas del rayo y el amor.

El rayo es bello y aniquila como el pecado de amar. El amor es un rayo que ilumina y destruye. El rayo es hijo de la nube, y la nube es como una mujer, que—propicia ó contraria—decide la ventura del navegante en el mar de la vida, que es el mar del amor y va á las playas de la muerte.

.....

Otra vez en la noche negra zigzagueó la eléctrica cinta de plata, y otra vez en el acismo ululó la eterna voz de Júpiter tonante, como un ronco rodar de montañas derrumbadas, y el poeta pensó entonces en los campos de guerra, en la gesta furiosa que conmueve al mundo, y antojósele que Marte ponía en el cielo su rúbrica de fuego como si firmase la sentencia de muerte de miles y miles de soldados; pero después su alma lírica, su alma subjetiva y egoísta tornó á los pensamientos de su amor y púsose á considerar que en el cielo sin estrellas de su vivir errante había una mujer morena como la noche, esquiva como Diana, enemiga como una nube contraria, y que en la paradoja luminosa y obscura de sus pupilas brillaba el rayo fatal de la pasión. Y entonces, mirando otra vez al cielo de la noche, negra y profunda, donde el rayo había pintado su fatídica sierpe de plata, se le antojó que todo el firmamento era los ojos luminosos y brunos de *La Muy Amada*, de la *Dulce Enemiga*, oyó que el trueno le rodaba en sus propias entrañas, con una tempestad de pasión, y su cerebro exaltado hecho al extraño consorcio de las relaciones lejanas, asoció en una sola idea el rayo, la noche, la luna y el amor.

FELIPE SASSONE

FOT. BALLELL

LA RIQUEZA FRUTERA EN TENERIFE

EL CULTIVO DE LOS PLÁTANOS

La importancia que en los últimos años ha adquirido la producción frutera en Tenerife, como en las demás islas que forman el hermoso Archipiélago, nos mueve a divulgar algunos curiosos detalles relacionados con el interesante cultivo del plátano que evidencian el extraordinario desarrollo de esta riqueza.

Ello, á la vez que una prueba de la vitalidad de aquella región española, digna de los más solícitos cuidados y de los más amorosos desvelos por parte de la Metrópoli, constituye un motivo de orgullo para cuantos ansiamos la prosperidad de nuestra vida económica: la redención de España por medio de su agricultura y su industria.

Tenerife, por los raros dones y privilegios de su suelo, ha gozado siempre de fama universal.



Detalle de un campo de plátanos en Tenerife

da á tener un espléndido porvenir cuando vuelvan á imperar el trabajo, la normalidad y el sosiego en el mundo.

El incremento de la exportación frutera inició, se en 1904, obteniéndose desde entonces ganancias considerables que han sido, por término medio, de 20 libras esterlinas por cien bultos.

Desde el citado año hasta el comienzo de la guerra, la producción ha tenido un aumento de un 34 por 100, y hubiera continuado de seguro en aumento de no surgir contratiempo tan fatal para todos. De ahí que no dudemos en afirmar que Canarias ha sido la provincia más perjudicada por la guerra. Esto debiera mover la atención y el interés del Gobierno para facilitar la exportación de los frutos canarios á la Península.

Para dar idea de lo que este quebranto económico representa para las islas, basta anotar los siguientes datos: En 1914, sólo Tenerife exportó más de dos millones de racimos de plátanos; más de 22 millones de kilos de tomates y más de ocho millones de kilos de patatas.

¡Y casi todo ésto para los mercados extranjeros, ingleses principalmente, que han venido pagando los plátanos hasta 7,50 pesetas el racimo!

El producto de la exportación en toda la provincia, ascendió, en el año anterior á la guerra, á 46 millones de pesetas, de las cuales 21 millones se invirtieron en gastos de cultivo y empaquetado de los frutos. Representa, pues, la ex-

portación frutera un valor intrínseco anual de unos 25 millones de pesetas, ó sea una riqueza de más de 400 millones que, tras los enormes desvelos con que querían acreditarla los cosecheros insulares, incansables en su afán de roturar tierras y alumbrar aguas para atender á las exigencias del último, hállase bajo la terrible amenaza de la crisis mundial que cada día señala un nuevo peligro ó una mayor incertidumbre para las regiones productoras.

Un dato que no debemos dejar pasar inadvertido es el siguiente: Mientras Inglaterra, con las facilidades que dan sus mercados y sus medios de transporte, importaba, en 1914, dos millones 300 mil huacales de plátanos de las Canarias, en nuestra Península sólo entraban en el mismo año 31.284 hua-



Preparando para el embalaje

Desde tiempos remotos la flora isleña cautivó la atención de los más eminentes naturalistas, y algunos de ellos, como Ledrú, que recorrió la isla formando parte de la expedición francesa, en 1795, no dudó en afirmar que era éste el sitio más á propósito para reunir, bajo una latitud favorable, los vegetales más preciosos de los trópicos y poder aclimatarlos después en las zonas templadas.

Con tales singularidades no es extraño que los nuevos cultivos especiales que se han implantado en aquella isla hayan en poco tiempo alcanzado un desarrollo prodigioso y constituyan hoy el principal elemento de la vida insular, llama-



Cerrando el huacal

cales. Y ésto por las enormes trabas y dificultades que oponen á la producción de las islas nuestras compañías navieras y ferroviarias...

¡Y se habla de la «españolización» de las islas y del peligro del «britanismo» en aquellas riquísimas y abandonadas posesiones!... Pero, ¿de quién es la culpa?

Vean nuestros gobiernos, después de conocer las anteriores estadísticas—bien expresivas por cierto—, si no es llegada la hora de que esa inmensa riqueza de las islas sea encauzada y fomentada en beneficio de España.

LEONCIO

RODRÍGUEZ



Plantaciones de plátanos en terreno llano

FOTS. LÓPEZ DE VERGARA

UN ARTISTA ESPAÑOL EN LA ARGENTINA

HACE un año se celebró en Buenos Aires un concurso de caricaturas personales de Pastora Imperio. El primer premio era de 1.000 francos, el segundo de 500 y el tercero de 100.

El Jurado lo componían directores y representantes de toda la prensa bonaerense: D. Justo López de Gomara, director del *Diario Español*; D. Juan de la Cruz Ferrer, en representación de la empresa del teatro San Martín; D. Emilio Dupuy de Lome, de *Caras y Caretas*; D. Manuel Mayol, de *Plus Ultra*; D. Juan Bosc, del diario *Crítica*; D. Carlos García Landa, de *El Diario*; D. Francisco de Llorca, de *La Razón*; D. Evar Méndez, de *La Gaceta de Buenos Aires*; D. Francisco Gramontagne, de *La Prensa*; D. José María Cao, de *Fray Mocho*, y D. Enrique García Velloso, de *La Nación*.

Concurrieron á él casi todos los caricaturistas que hay en Buenos Aires, excepto, naturalmente, los tan notables Cao y Mayol que formaban parte del Jurado.

El día 13 de Octubre de 1915 se reunió el Jurado y otorgaron por unanimidad el primer premio á Juan Alonso, por la admirabilísima caricatura que se publica en este número. El segundo premio—aumentado á petición del Jurado en 200 francos más—fué otorgado á Málaga Grenet y el tercero á *Columba*.

No sorprendió á nadie el triunfo de Alonso. En *Caras y Caretas* se asoma hebdomadariamente su arte inimitable—y, sin embargo, imitado—desde hace cuatro ó cinco años en caricaturas y notas de color, ilustraciones y dibujos reveladores de un gran temperamento de artista y de un sutil observador humorístico.

Era doblemente halagador aquel triunfo, como esta preponderancia de sus obras en *Caras y Caretas*, cuanto que los caricaturistas y dibujantes de Buenos Aires son verdaderos maestros en los respectivos géneros que cultivan.

En plazo muy próximo se habrá de consagrar en estas mismas páginas un estudio de la caricatura argentina contemporánea y se verá en-



JUAN ALONSO

tonces hasta qué punto—á pesar de una lógica semejanza de procedimientos—son interesantes las obras de Cao, Mayol, Málaga Grenet, Zavattaro, Sirio, *Columba*, Polimani y algunos más.

Y, sobre todo, Alonso. Juan Alonso es español. Nació en El Ferrol el 1886, y cuando tenía diecisiete años emigró á la República Argentina.

No es el suyo el caso de Pons, de Rojas, de Navarrete, que abandonaron á España cuando ya tenían aquí una reputación como caricaturistas y que habrían de ejercer cierta influencia en los dibujantes bonaerenses. Influencia no muy beneficiosa desde el punto de vista de la modernidad caricatural...

Juan Alonso, cuando emigró á la Argentina, no pensaba ni remotamente en el arte. Sus primeras luchas fueran difíciles, complicadas más aún las dificultades por haberse casado á los dieciocho años y quedar viudo á los veintitrés con tres hijos...

Años dolorosos y terribles que si han dejado huellas profundas en su corazón, no le surcan la frente, ni le derrumban las comisuras labiales en un rictus de amargura, ni han entenebrecido su arte, tan jocundo, tan contagioso de alegría y de gracia.

Ocupaba un puesto muy subalterno en la redacción de *Caras y Caretas*. La vida le ofrecía porvenir obscuro y humilde que él desafiaba sonriendo.

Y de pronto, como una revelación, viendo dibujar á Cao, á Mayol, á Zavattaro, sintió la curiosidad de imitarles. Jamás se había colocado ante una hoja de papel con un lápiz en la mano. Nadie le había enseñado dibujo y, sin embargo, rápidamente, con una intuición extraordinaria, este hombre, que á los veinticinco años cogió por primera vez un carboncillo, y sin preparación alguna empezó á estilizar, á simplificar rasgos fisonómicos con una exactitud de parecido asombrosa, era, dos años después, uno de los primeros caricaturistas de Buenos Aires.

Puede decirse que es el creador en Buenos Aires de la caricatura política y teatral cotidiana en los periódicos diarios bonaerenses, que inició en *La Última Hora*.

Todas las revistas y diarios de Buenos Aires han publicado y publican dibujos suyos. En

ocho concursos de carteles ó de caricaturas que se presentó obtuvo siempre el primer premio. Y por último, el que hace escasamente cinco ó seis años era un humilde empleado de la redacción de *Caras y Caretas*, es hoy uno de los elementos artísticos más positivamente valiosos de la gran revista argentina.

ooo

Los dibujos, los carteles, las caricaturas de Juan Alonso dan idea de una concepción fácil y de una ejecución rápida. Su factura es sobria, firme, sin tanteos ni rectificaciones. Ve el color en cromatismos y armonías de gran riqueza decorativa é incluso en aquellas *charges* personales más exageradas, más deformativas de los rasgos fisonómicos para obtener regocijante y grotesco parecido, conservan el dibujo su máxima corrección y las líneas su perfecto equilibrio.

Pocos caricaturistas pueden desafiar—y vencer—como Alonso—el dibujo serio, las composiciones sentimentales ó trágicas, reveladoras de exquisita sensibilidad. El secreto de ello está en cómo el gran dibujante que no ha aprendido dibujo reconstruye el natural.

Sabe por temperamento—hablar de experiencia en cinco años de trabajo sería aventurado—que el natural es la única fuente del arte perdurable, cuando los que á ella acuden poseen una imaginación rica y pródiga. Por eso todas las obras de Juan Alonso causan la impresión de algo animado de vitalidad, palpitante y movable. Sus escenas porteñas, sus episodios de la guerra europea inquietan por el vigoroso realismo que poseen. Incluso, aun siendo incógnitos los modelos de sus caricaturas personales, sugieren éstas en nosotros la impresión de seres conocidos nuestros por cómo el artista supo apoderarse de su psicología con sólo desentrañar la expresión exacta del rostro.

Por último, Alonso prefiere á los demás procedimientos pictóricos, el pastel. Casi todas sus cabezas de personalidades argentinas ó de personajes ilustres que por Buenos Aires han pasado, están hechas al pastel.—Silvio LAGO



En los Cárpatos.—Centinela ruso
DIBUJO DE ALONSO



El llamado de la Patria.—Tierna despedida
DIBUJO DE ALONSO

LA ESFERA

FIGURAS DEL EJÉRCITO ALEMÁN



EL GENERAL HINDENBURG

CARICATURA DE ALONSO

LA ESFERA

FIGURAS DEL EJÉRCITO FRANCÉS



EL GENERAL JOFFRE

GARICATURA DE ALONSO

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

XIII

ESTA Ninfa de mis pecados, distraída y volátil, rara vez me da el pormenor de lugares y fechas tratándose de nuestros viajes ó de los asuntos históricos que juntos presenciámos; pero como yo le pida la exactitud cronológica para referir sucesos ó negocios de mi personal interés, suelta la risa y revoloteando me contesta con estas desabridas excusas:

—Maestro mío, ¿requieres mi auxilio para referir á nuestros lectores el litigio que te viste precisado á sostener con el primer editor de tus obras? Pues tu Ninfa, hablándote con la sinceridad que mereces, declara que no debes hablar al público de esa vil prosa de los intereses editoriales. Contémosle al querido lector el cómo y el por qué de tu labor literaria; pero de la compra y venta de libros no digas una palabra, que esa monserga mercantil á nadie le interesa.

A lo que respondí: «Contra lo que ha dicho mi Ninfa gentil opino yo que el mecanismo interno de la producción literaria despierta en el público interés más vivo que la producción misma. Tú sabes que ya he terminado la primera y segunda serie de los *Episodios Nacionales*, sabes asimismo que estos veinte tomos han tenido gran éxito de librería en España y América, y no ignoras que tu maestrillo, por el camino que va, no lleva trazas de figurar entre los accionistas del Banco de España.»

Con estos razonamientos nos entretuvimos mi Ninfa y yo, y por fin me decidí á poner término á la desdichada situación económica en que me había puesto el amigo con quien me asocié para imprimir y publicar mis obras. Largas controversias tuvimos el tal y yo para llegar á una concordia; pero no fué posible... En aquel tiempo tenía yo cordial amistad con don Antonio Maura. Nos veíamos diariamente en el Congreso y no tardó en llegar la ocasión de manifestarle familiarmente lo que me pasaba. Empezó D. Antonio por pedirme todos los datos, notas, cartas, cifras referentes al caso, y una vez penetrado del asunto, me dijo: «Plantee usted la cuestión en los Tribunales, que yo le defenderé». Defensor de la parte contraria fué el Diputado por Tenerife, Villalba Hervás, buena persona que en mala ocasión vino á ser mi enemigo... Ya me tenéis entre Letrados, Procuradores, Jueces y Peritos. Intervinimos los libros de contabilidad, que eran muy defectuosos; se nombró un Administrador judicial y recorrimos con fatigoso anhelo las vueltas y revueltas, los rincones y pasadizos de la tramitación judicial. Era como una pesadilla que no se acababa nunca. Mi contrincante y yo nos cansábamos de aquella interminable y costosa peregrinación por los tenebrosos dominios del papel sellado, y Maura me aconsejó que propusiera á mi contrario llevar el asunto á un arbitraje. Así se hizo. Hicimos la escritura comprometiéndonos á respetar el fallo que dictaran los amigables com-



D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

ponedores. Nombramos árbitro al ilustre Catedrático y Jurisconsulto D. Gumersindo de Azcárate. Este estudió detenida y concienzudamente el asunto y dictó un laudo que contenía más de cincuenta pronunciamientos que dieron por terminado el enfadoso pleito.

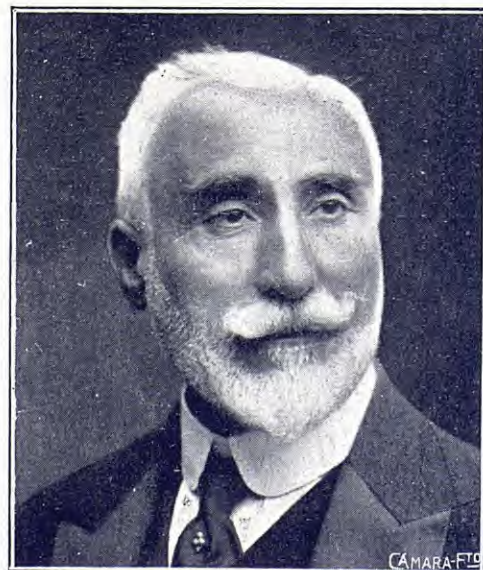
Ved aquí lo más esencial del laudo: En primer término me reconocía la total propiedad de mis obras, pues la mitad de las mismas tenía por suya el que había sido mi socio industrial. El reconocimiento de la propiedad de mis obras fué para mí un indudable triunfo. Disuelta la Sociedad, el laudo me imponía la obligación de abonar á mi contrario una parte bastante crecida de la liquidación por anticipo que mi socio me había presentado. Por tal concepto tenía yo que pagar á toca teja 82.000 pesetas.

Como en el curso del litigio se había hecho el recuento de libros existentes, el laudo disponía que, dividida en dos partes la existencia, se adjudicara la mitad á mi contrincante, quedando la otra mitad en mi poder, añadiendo esta justa disposición: mi contrario no podía vender ni reimprimir las obras que le habían correspondido; yo sí podía hacerlo, pero agregando á este derecho la obligación de comprar al precio corriente de librería las obras de la parte contraria cuando la mía se agotara. En resumen, yo salí ganando la propiedad de mis obras, el derecho de reimprimirlas y venderlas; pero esta ventaja positiva se atenuaba hasta cierto punto con un considerable desembolso, que en aquel tiempo era superior á mis fuerzas. Muy agradecido quedé á mis ilustres amigos Maura y Azcárate que me sacaron de aquel Purgatorio.

Mi Ninfa, que en ciertos casos peca de distraída y en otros de reparona, aficionada á las estadísticas, puede dar testimonio de que en el largo tiempo que duró la horrenda crisis del papel sellado, no estuve ocioso. En la casa donde establecimos la administración judicial escribí *Misericordia* y *El abuelo*. Tampoco me descuidé en ofrendar á Talía y Melpómene. Retrocado en mi relato para referir que en el Español estrenó María Guerrero mi comedia *Voluntad*, cuyo éxito no pasó de regular. Poco después di en la Comedia el arreglo de *Doña Perfecta*, cuya protagonista desempeñó con notable acierto María Tubau. Emilio Thuillier, Nieves Suárez, Josefina Álvarez, Amato y demás artistas completaron el éxito, que fué grande y ruidoso, sobre todo en la escena final del acto segundo, cuando en la disputa entablada en el escenario interviene comentándola el formidable estruendo de los clarines de la caballería... Al año siguiente di al Español *La fiera*, asunto referente á la nefanda época de los Apostólicos, precursora de la Guerra civil. Dieron ambiente real á este drama Carmen Cobena, Thuillier, Agapito Cuevas, Valles, Valentín, Balaguer, María Cancio y Carolina Fernández. Gustó bastante la obra y hoy

creo que gustaría más. No renuncio á que en los días presentes se hiciera en cualquiera de los principales teatros de Madrid una revisión de aquella olvidada *Fiera*.

Prosigo la relación de mis desconcertadas Memorias diciendo que viéndome dueño de mis obras resolví establecerme como editor de ellas en el número 132 de la calle de Hortaleza, piso bajo. Dió comienzo con esto una nueva etapa de mi existencia literaria. El considerable desembolso que tuve que hacer para liquidar las resultas del pleito obligóme á sacar de mi caletre los elementos necesarios para salir del paso. Como el trabajo no me arredraba, al contrario, era mi mayor delicia, acometí la tercera serie de los *Episodios Nacionales*. En el plan que para esta serie discurrí figuraba en primer término el título de *Zumalacarregui*. Queriendo documentarme para el estudio de esta figura y de otras, acudí á mi amigo D. Juan Vázquez de Mella, que á la sazón vivía en la calle de Valverde. Amable en extremo D. Juan, me dió cartas para visitar diferentes pueblos y personas de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra. Con las cartas de introducción que me dió D. Juan me dirigí á Cegama, Azpeitia, Pamplona, Puente de la Reina, Estella, Viana y otras poblaciones que fueron teatro de las Guerras civiles. En Cegama visité al cura D. Miguel Zumalacarregui, sobrino carnal del famoso caudillo que murió en aquella villa el 24 de Junio de 1835 al volver mal herido del primer sitio de Bilbao. El bondadoso y simpático D. Miguel me recibió en su casa con tanta cortesía como afabilidad, mostrándome la estancia en que su ífo entregó su alma á Dios. Vi la cama cubierta con una colcha de damasco amarillo. Completaban el decorado de la alcoba las armas y el retrato del héroe con estampas y cuadros religiosos que le daban aspecto de capilla, sin que faltase un altarito donde presumí que algunos días diría sus misas D. Miguel. Este me convidó á comer; mas como yo no podía detenerme por llevar tasado el tiempo, reusé cortésmente la invitación. El buen sacerdote no quiso que me marchara sin aceptar una copa de vino blanco, como es uso del país. Llévome luego al través de la casa cuyos pisos, así como la escalera, bruñidos por la cera, retemblaban á nuestro paso. En el portal vi unas pesas colosales de forma primitiva como suelen verse en todas las casas guipuzcoanas. Salimos el cura y yo; por un puentecillo pasamos á una plazuela y entramos en la iglesia parroquial de la villa, que me pareció grande y despejada. Llévome D. Miguel á una capilla de la derecha para que viese y admirase el sepulcro donde yacen los restos mortales de D. Tomás Zumalacarregui, campeón del carlismo y uno de los estratégicos más notable de su época. Corona el sepulcro una estatua colosal del caudillo que no me pareció expresar bien la severa gallardía y arrogancia de aquella figura que con un gesto y una voz conducía á su hueste á encarnizadas

D. GUMERSINDO DE AZCÁRATE
FOT. CAMPÚAD. ANTONIO MAURA
FOT. KAULAK

relcas. Me guardé bien de comunicar esta impresión crítica de momento al simpático D. Miguel y me despedí de él y de Cegama con los afectos expresivos que el buen sacerdote merecía.

Al siguiente día, tomé un coche en Beasain para irme a Azpeitia, lugar famoso de cuyo nombre era deber mío acordarme siempre, porque allí nació mi abuelo materno D. Domingo Galdós y Alcorta, varón digno y virtuoso, contemporáneo, según creo, de la Revolución Francesa. En los últimos años del siglo XVIII, fué destinado aquel señor a Las Palmas con el cargo de Secretario de la Inquisición. Estos empleos eran a la sazón desempeñados por seglares. Llevóme a la villa de Azpeitia, además de mi curiosidad de cronista, el afán de conocer algún vestigio, si lo había, en el tronco del árbol vital a que pertenece mi humilde persona. El pueblo me pareció feísimo, las casas altas y sombrías. La Iglesia parroquial, titulada de San Sebastián y San Ignacio, es hermosa, con un magnífico pórtico de D. Ventura Rodríguez. En el interior existe la pila en que fué bautizado San Ignacio de Loyola.

Me hospedé en la cómoda y espaciosa fonda de Arteche y en ella primero, divagando luego por las calles, traté de indagar si había en Azpeitia alguna persona en que pudiera encontrar aclaración próxima o distante con mi familia. Lo único que supe fué que los últimos Galdoses se habían ausentado de Azpeitia algunos años antes. Sólo un viejecito que me deparó la dueña de la fonda, me dijo que en el convento de religiosas, no sé si dominicas ó bernardas, existía una monja muy anciana que llevaba mi apellido. Ni corto ni perezoso me fui al convento, situado al otro lado de un río, que creo era el Urola. Abierta estaba la Iglesia; entré en ella y me ví en una soledad misteriosa y apacible. Sólo turbaba el silencio de aquel recinto el rezo gangoso de dos viejas sentadas en un banco no lejos de mí. Pasó en esto un sacristán que agitando un manojo de llaves nos indicaba que no tardaría en cerrar la Iglesia. Obedeciendo á repentina corazonada, pregunté al sacristán si conocía á una religiosa de aquel monasterio que llevaba el apellido de Galdós. Y el sacristán, rascándose la frente como para escarbar en su memoria, me contestó: «Esa señora debió pasar á mejor vida cuatro años ha.» Y oyendo ésto, avanzó una de las viejas y metiendo baza en lo que hablabamos, dijo: «Dígote yo que la madre Ignacia Galdós, que era una santa pues ¿lo dudas ó qué? subió al cielo el día de la Purísima Concepción del año en que tuvimos la crecida del río.» Secamente afirmó el sacristán: «El noventa y los cuatro abandonamos el recinto mudo y tétrico. Acompañándome hasta la fonda, díjome el sacristán que no tenía noticia de que hubiera en Azpeitia persona del apellido que llevaba la santa religiosa; pero que un señor muy entendido en linajes, hablando en la sacristía de la parroquia, había sostenido que únicamente en la Habana había ya Galdoses... En la Habana y en otras islas de por allá.

Tempranito sentíamos los huéspedes de la fonda que no éramos madrugadores un toque-

cito de nudillos en la puerta. Era la camarera que nos decía: «Caballero, ha perdido dos misas; ya solo falta una, que si no se levanta pronto, la perderá también.» Esto no iba conmigo. La segunda mañana que allí estuve me levanté á buena hora y tomando mi desayuno dije á la patrona: «Yo voy á misa al Santuario de Loyola, que está á mitad del camino entre Azpeitia y Azcoitia.» Dicho y hecho; á pie me fui al famoso monasterio, centro y emporio de la orden ignaciana. Grandiosa escalinata da ingreso á la iglesia, que es de traza circular. Dominan en

el mismo piso, ricamente adornado, se venera la estancia en que nació el fundador de la Compañía... El colegio, propiamente llamado Imperial, pude verlo aunque muy á la ligera. Es tan grande como suntuoso. El hermano lego que me guiaba por aquel complicado laberinto, me dejó admirar rápidamente los espaciosos dormitorios, comedores, aulas, bibliotecas y otras dependencias de aquel que más que colegio debía llamarse grandiosa Universidad. Salí de Loyola con la sensación intensa de las poderosas ramificaciones del jesuitismo en todo el orbe católico.

Caminando hacia Azcoitia no se apartaba de mi pensamiento la perdurable relación de mi abuelo con el nombre del creador de la Orden ignaciana. Ignacio se llamó uno de mis tíos, Ignacio mi hermano é Ignacio dos sobrinos míos. En Azcoitia me metí en una diligencia que salía para Elorrio y allí tomé otra que á Bilbao se dirigía.

Aplazadas para días próximos las visitas que con las cartas de Mella pensé hacer á poblaciones navarras, de Bilbao me fui á Madrid. Apretábame á ello el deseo de encerrarme por algún tiempo en mi casa editorial, recientemente establecida en la calle de Hortaleza, para activar los trabajos de la venta de mis obras y de la preparación de *Zumalacarregui*, que había de ser la primera de la tercera serie proyectada. En el despacho de la calle de Hortaleza era punto fijo la vagorosa Ninfa que Dios me había deparado para auxilio y guía de mi entendimiento en el ordinario trajín de los menesteres literarios. Por cualquier fútil motivo agriamente me reñía, llamándome holgazán, olvidadizo y que se yo qué. Una mañana me salió con esta cantinela: «Tontaina, ¿no sabes que te has comprometido á no dilatar tu ingreso en la Academia? La fecha en que fuiste elegido se pierde ya en los tiempos de Maricastañas. Ya debieras haber escrito ó por lo menos pensado el discursillo que es de ritual en acto tan solemne.» Con repetidas instancias de este jaez la discreta Ninfa ganó mi voluntad y puse mano en la pieza oratoria que me salió corta y ceñida. Hice el debido elogio de mi antecesor en la silla N., D. León Galindo de Vera, y tuve la suerte y el honor de que se encargara de contestarme el insigne polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo. El acto resul-

tó muy lucido, destacándose el admirable discurso de Marcelino sobre el mío, modesto y tímido en su complexión oratoria. Dos semanas después ingresó en la docta corporación el gran escritor y novelista D. José María de Pereda. Mi amistad estrechísima con el insigne montañés me movió á reclamar la honra de contestarle. Así se hizo y si Pereda fué justamente aclamado, yo no quedé mal en aquella segunda prueba. Los cuatro discursos de estas dos recepciones fueron publicados después en elegante volumen por la casa editorial de Victoriano Suárez. Corría Febrero loco de 1897. El año ¡ay! se presentaba con poco seso. En Agosto fué asesinado en Santa Agueda el más alto de nuestros estadistas: Cánovas del Castillo... Con silencioso y traicionero andar venía hacia España el siniestro 98.

B. PÉREZ GALDÓS



D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

ella el mal gusto artístico y la riqueza en mármoles y jaspes, materiales que tanto abundan en el próximo monte de Izariz. En documentos del siglo XVIII hemos visto descripciones ampulosas y un tanto fantásticas de este soberbio edificio. Dicen que en él se ha representado un águila al vuelo, cuyo cuerpo es la Iglesia, el pico la portada, las alas el nuevo edificio destinado para seminario y la Casa Santa de Loyola á uno y otro lado del templo; la cola forma el refectorio y otras oficinas. Examinada la iglesia vi la Casa Santa, edificio lugareño de piedra y ladrillo donde vió la luz el fundador de la Compañía de Jesús. En una de las estancias del piso tercero hay una sagrada, porque en ella convaleció el Santo de la caída y heridas que hubo de sufrir en el Castillo de Pamplona siendo militar. Dicha capilla está revestida de jaspes y ornada de pinturas y esculturas muy lindas. En

VENECIA



¡Oh, Venecia; oh, señora de la risa tan leve;
oh, Princesa Latina de los labios bermejos
y las góndolas graves bajo el lampo de nieve
de la Luna y los lagos como limpios espejos!

Nadie á hollar con la planta tus blasones se atreve;
aún el Dux en tu oído deja sabios consejos;
tu silencio es plegaria de dolor que conmueve
y es un astro tu historia que te inunda en reflejos.

Clara Reina que vives en gentil abandono:
si ya no hay Capitanes que custodien tu trono,
te corona el orgullo de tus glorias pasadas.

¡Aún la Luna en tus lagos resplandece tranquila,
y, guardando el tesoro de tus llaves sagradas,
el León de San Marcos en la sombra vigila!

DIBUJO DE ANDRÉS CUERVO

Alfonso CAMÍN

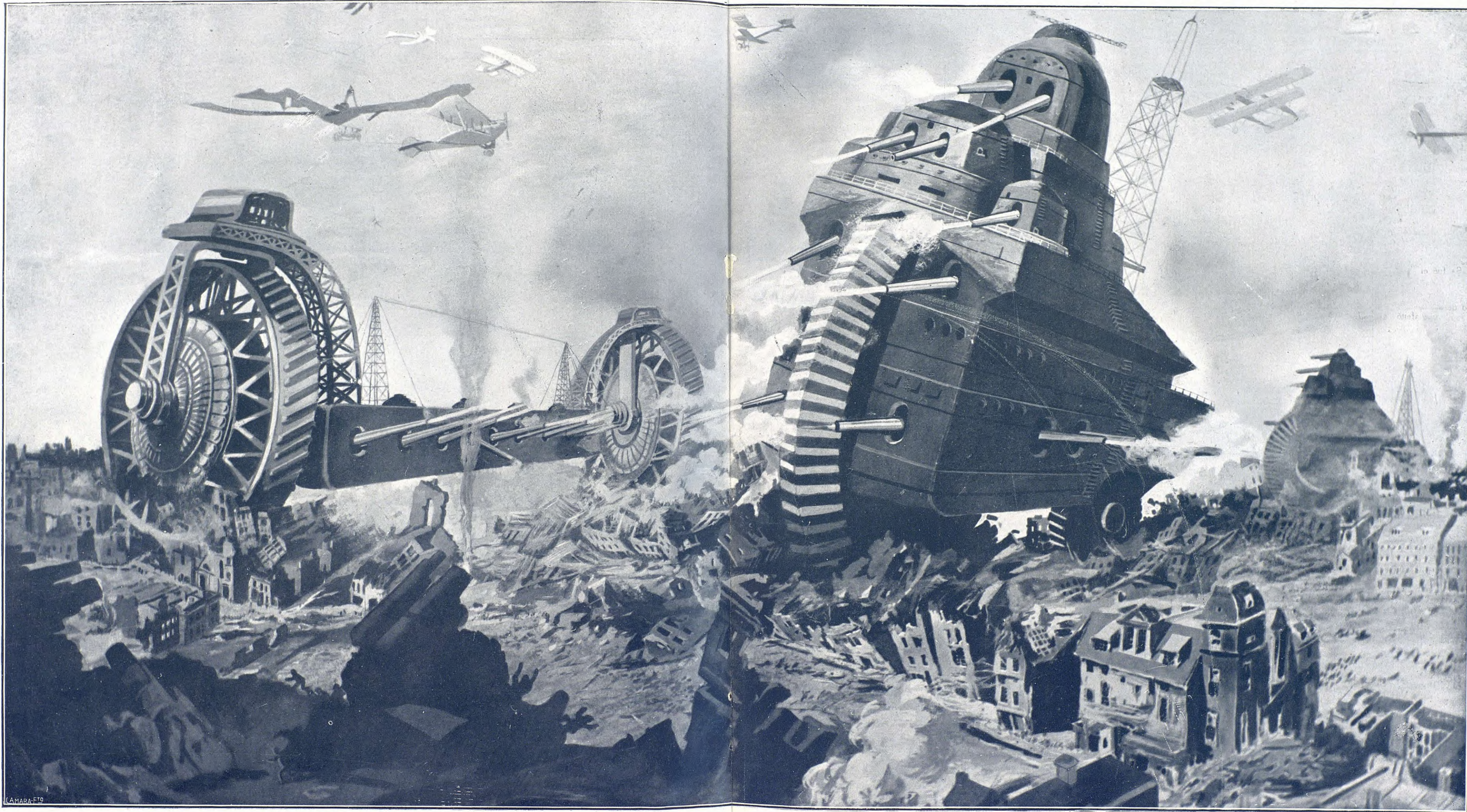


CIUDADES EXTRANJERAS



Berna.—La célebre Torre del Reloj, existente en una de las calles más típicas de la capital de Suiza

FOT. A. G. WHERLI

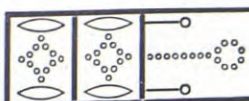


COMBATE DE UN "GIRO-CRUCERO" CONTRA UNA "TRINCHERA MOVIL"

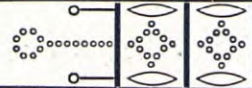
Fantasia sugerida a un dibujante inglés por el éxito de los nuevos automóviles blindados, que tan activa parte tomaron en el avance británico, contribuyendo poderosamente al éxito de los combates

La aparición de los nuevos automóviles blindados, de tipo gigantesco, en los campos de batalla del Somme, ha sido la nota militar saliente en estas últimas semanas. Inventados por la ingeniería británica, llámanlos los soldados británicos *tanques*, por el parecido que ofrecen con los vagones metálicos destinados al transporte de agua en los trenes. De ellos se cuentan maravillas. Son las principales—y no es la menor ser invulnerables al fuego de fusil y ametralladora—: demoler paredones y rodar sobre sus escombros; avanzar a través de los bosques y aplastar los árboles como si fuesen virutas; tomar emplazamientos de ametralladoras y cráteres producidos por las explosiones, aplastando a sus defensores y sus defensas; trepar por entre las ruinas de un poblado y ametrallar al enemigo emboscado; hacer polvo las alambradas y trincheras; llevarse por delante hórreos, pajares, viviendas y baterías. Es como si un alud de hierro

y de metralla pasase entre las filas enemigas barriendo cuanto se opone a su paso, sembrando por doquiera la muerte, la destrucción y el espanto. Su velocidad, en carretera, es de 10 kilómetros por hora. Naturalmente, trepando por paredones, cráteres, ruinas de edificios, montañas de escombros ó de cadáveres, grandes espesuras de bosque, etc., la marcha se reduce a límites muy pequeños, media legua por hora, ó a la inmovilidad absoluta si le acierta un proyectil de cañón en pleno vientre. Estos megaterios bélicos, última palabra de la ingeniería militar, han producido gran impresión en las imaginaciones propensas a lo fantástico. Y de ahí que el lápiz de los dibujantes ingleses, fáciles al humorismo, haya creado páginas tan graciosas, que bien pudieran ser proféticas, como la presente. Esperemos nuevos episodios sangrientos en los que estos nuevos aparatos acrediten siniestramente su acción destructora.



AL MARGEN DEL PROGRESO



DE tal manera ha venido á menos el arte nacional, en el terreno de la arquitectura especialmente, que las antiguas casas de la pobreza, las colmenas de vecinos constituyen, hoy por hoy, el único museo digamos espontáneo de las que fueron típicas ciudades.

Conocido es el chascarrillo de aquel por Dios melenudo que enamoró la retina de un pintor, el cual buscaba un modelo para un apóstol. Se fué el mendigo, y con el dinero que recibió en calidad de anticipo, se cortó el pelo y se afeitó las barbas, que le llegaban á la cintura. Profanación igual realizan con la mayoría de los venerables monumentos del pasado sus custodios y protectores. Recordamos haber visto en el Monasterio de Guadalupe unas policromías granadinas, el postizo más absurdo de todos. Sería largo el trabajo de enumerar las columnas de piedra que han sido rebozadas con una capa de cal. Etcétera, etcétera... Por fortuna, los caseros de los corrales no se preocupan de sus inquilinos miserables, y el sol y el agua lograron extender su pátina, como las arañas sus telas en los rincones olvidados.

Y otra circunstancia favorable á los corrales de vecinos. No pueden convertirse en cuartel, como los viejos conventos, ni servir para la insultante y fastuosa instalación de la industria moderna, como los palacios solares de algunos de nuestros primeros linajes. Por tanto, se puede visitar el corral sin temor á las sorpresas que desentonan y rompen, como pinchadas vejigas, nuestras ilusiones. Únicas ventajas de la pobreza... El jardín de Francia se halla atravesado por una densa red de ferrocarriles, y he ahí que la codicia de los mercaderes no respetó ni los fervorosos paisajes de Millet y ha llenado de anuncios la vía del tren. En cambio, el yermo manchego, por desdeñado y solitario, se libró de



que estorbasen las quijotescas evocaciones unos cromos mercantiles. Ya basta con el telégrafo. Y con la vitola de los escasos peregrinos de la llanura, que renegaron de la vestimenta apropiada y tradicional; lo que va del hidalgo al señorito...

Pues hasta con esa particularidad no variaron las colmenas de borrachines, brujas y mocitas. Triste privilegio de las últimas capas sociales, no variar nunca. Y es claro. ¿Qué educación reciben, qué países han recorrido, qué modas les fascinan? Sus aristocracias se tiñen cada época de un nuevo matiz. Solamente el pueblo permanece invariable en su casticismo. Aquí en España, tuvimos un fuerte ejemplo cuando la guerra de la Independencia. Se afrancesaron los intelectuales y los ricos, y la plebe hubo de despertar al amodorrado león de Iberia. El alcalde de Móstoles fué en aquella fecha el único corazón que se sintió pisoteado por los caballos de la tropa gabaucha.

Resulta que para encontrar una reja clásica, un pasamanos de escalera, unos azulejos, como para no toparse con las herejías y las profanaciones de una restauración, y para sorprender el alma popular, hay que sumergirse en la leonera y sainete de las antiguas casas de vecindad, que todavía subsisten. El problema está en averiguar y decidir si vale la pena de salir de los tiempos presentes y europeizados, para cubrirse con la gloriosa roña de nuestro ayer. Al fin y al cabo, ese es el problema de las gentes cultas y patrióticas, que vacilan entre la aceptación de todas las sequedades y durezas de la mezquindad española á través de los siglos, y la seguridad de que los excomulguen por descastados, en el caso contrario.

FEDERICO
GARCÍA SANCHÍZ

FOT. OSUNA

PÁGINAS POÉTICAS



TEDIUM VITÆ

*Soñé con un amor grande, infinito
como la vida y como el tiempo eterno;
más que llama exterior, calor interno,
y más que ansia carnal, celeste rito!...*

*Amor sin arrebatos y sin fiebre,
inquebrantable, armónico y constante:
¡tallado por el más divino orfebre
en las luces del más puro diamante!...*

*El mundo fué para mi amor pequeño,
y mi sueño ascendió, como una aurora,
hacia el azul, para buscar su dueño...
Mas ¡ay, que pronto fracasó en su empeño!...
Como un milano sobre una paloma
cayó la realidad sobre mi ensueño!...*

*Ansia de idealidad, tu afán fué vano!...
Soñé elevarme... Y desperté en las áridas
inmundicias de fétido pantano,
devorado por todas las cantáridas
que lubrifican el deseo humano!...*

*Paloma de pureza, sueño mío,
¿qué resta de tu puro ensoñamiento?...
Blancas plumas dispersas en el viento
y unas gotas de sangre en el vacío:
¡en mi alma el pico del remordimiento
y en mi carne las garras del hastío!*

F. VILLAESPEA

DIBUJO DE BARTOLOZZI

ESPAÑA MONUMENTAL
EL MONASTERIO DE SANTA CRUZ DE RIVAS



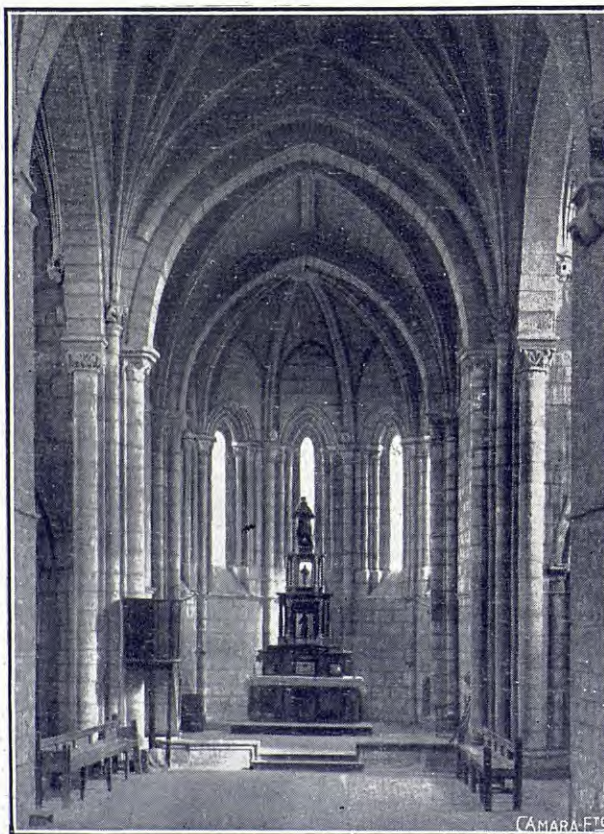
Un ángulo de la sala capitular

EN la margen izquierda del río Carrión, que fecunda con su cristalino caudal la fértil campiña de un inmenso valle situado á escasa distancia del pueblo de Monzón, de la provincia de Palencia, se encuentra enclavado el Monasterio de Santa Cruz de Rivas, cuya silueta se destaca sobre el fondo, un poco impreciso, del horizonte. El delicioso paraje en que se asienta el edificio de este monumento, es un vergel donde crecen multitud de bellas flores y hermosos arbustos que contribuyen á hacer sumamente agradable la estancia en aquellos lugares evocadores...

Ignórase, á punto fijo, á quién se debe la fundación de este monasterio palentino, que constituye un curioso ejemplar del período de transición románico-ojival y de los comienzos del gótico, de cuyos dos estilos participa la estructura y ornamentación de esta antigua residencia religiosa.

Los datos que acerca del origen y fundadores del Monasterio hemos logrado reunir sólo hacen constar que los primeros poseedores de él fueron los Comendadores de Santiago, dependientes de Uclés, los cuales, en el año 1176, fueron sustituidos por unos monjes que procedían de Betuería, casa matriz española de los premonstratenses, y que fueron llevados al Monasterio por el rey Alfonso VIII.

Antes de que el Monasterio de Santa Cruz fuese elevado á la categoría de tal y se llevasen á cabo en él las necesarias obras de ampliación, el edificio tuvo carácter de iglesia, siendo su arquitectura perteneciente á la característica escuela que dominaba en el último tercio del siglo XII, y que consistía, según lo acreditan algunos ejemplares que aún



Nave mayor y presbiterio

se conservan en determinados puntos de España, en la especial disposición de los templos que, edificados en forma de cruz latina, componíanse solamente de una sola nave, muy anchurosa, y de tres ábsides. Claro es que á través del tiempo ha sufrido considerables variaciones la estructura primitiva del edificio; pero sin embargo, particularidades especiales que en él se observan, afirman de modo indubitable la opinión aquí expuesta acerca de la escuela á que pertenece.

Las más importantes variaciones se realizaron en el siglo XV, en cuya época tuvo lugar la construcción de una nave baja, situada al lado del Evangelio, y la refacción de las bóvedas del crucero y del brazo mayor.

La forma de estas bóvedas es estrellada, y su única ornamentación consiste en unas flores de metal contruidas con arandelas, en las cuales se ven numerosos escudos heráldicos, cuya interpretación es sumamente difícil por encontrarse en un estado de conservación bastante deficiente.

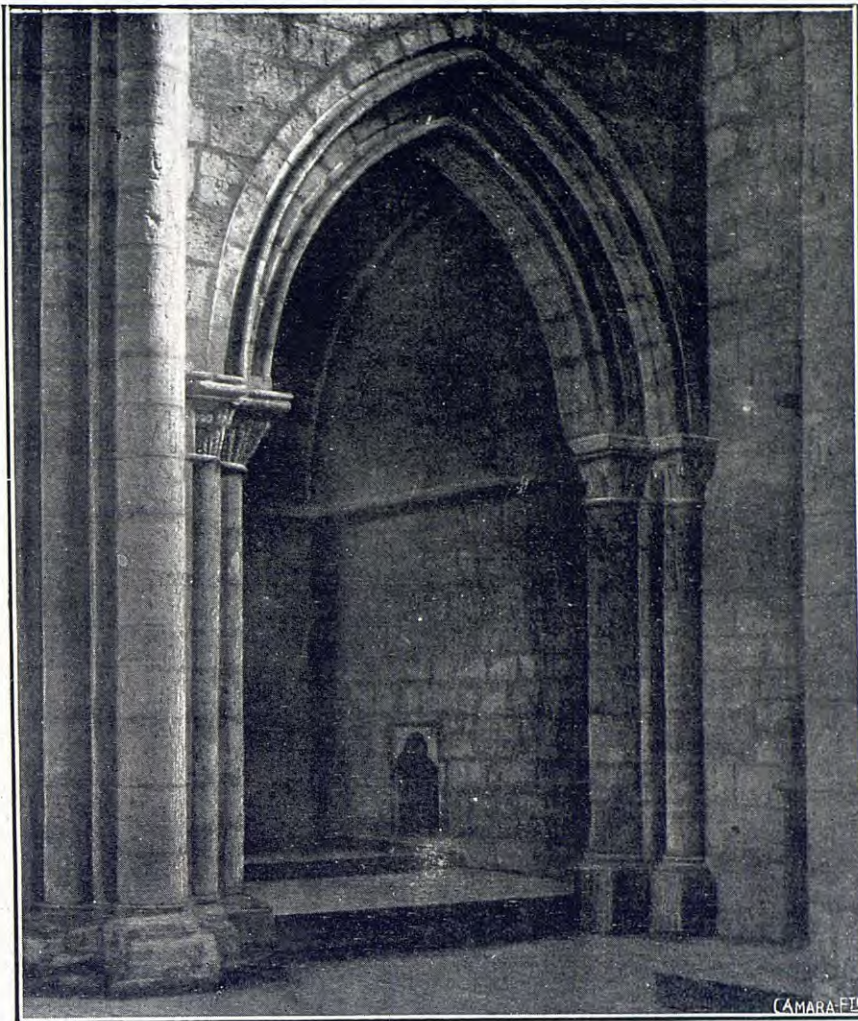
Una estancia perfectamente rectangular, con medio cañón sobre un arco, hace las veces de Sacristía, y la sala capitular es un hermoso recinto dividido en nueve tramos por columnas distintas entre sí y cuyos capiteles, de adornos más caprichosos que bellos, son de estructura igualmente distinta. Daban acceso á esta sala una puerta (hoy destruída) y las ventanas pareadas, tan características en estas residencias monásticas. En una de estas ventanas, que afectan forma de medio punto y que tienen á ambos lados esbeltas columnillas dobles, se lee una curiosa inscripción, hecha con letra monacal, y en la que se alude á un hermano Francisco que se supone sea el monje arquitec-

to; pero sobre esto nada concreto puede decirse, porque la inscripción está casi borrada por la acción del tiempo. Quizá, de saberse con certeza, podrían hacerse importantes e indudables afirmaciones acerca de la fecha precisa en que se elevó este edificio, de cuya importancia artística pueden juzgar los lectores, más que por estas breves líneas, por las hermosas fotografías que de él ha obtenido el notable artista señor Alonso.

En números sucesivos seguiremos ocupándonos de los monumentos artísticos diseminados por casi todos los pueblos de la provincia de Palencia, algunos de los cuales son desconocidos en absoluto por hallarse situados en villorrios y aldeas de tan ínfima importancia, que apenas si cuentan con un mal camino vecinal que les sirva de medio de comunicación.

En estos villorrios míseros, abandonados de los poderes públicos, existen verdaderas maravillas de arte, que evocan épocas pretéritas llenas de misticismo y religiosidad, en las que los artífices del cincel y los magnates de la pintura dedicaban su inspiración a los trabajos piadosos, dejando en las iglesias, monasterios, ermitas y santuarios vestigios de inestimable valor de su arte inimitable.

Estas joyas, desgraciadamente, van desapareciendo por la acción inexorable del tiempo, que todo lo destruye y aniquila; y así ocurre que en muchos de estos monumentos, abandonados



Crucero y absidal de la epístola

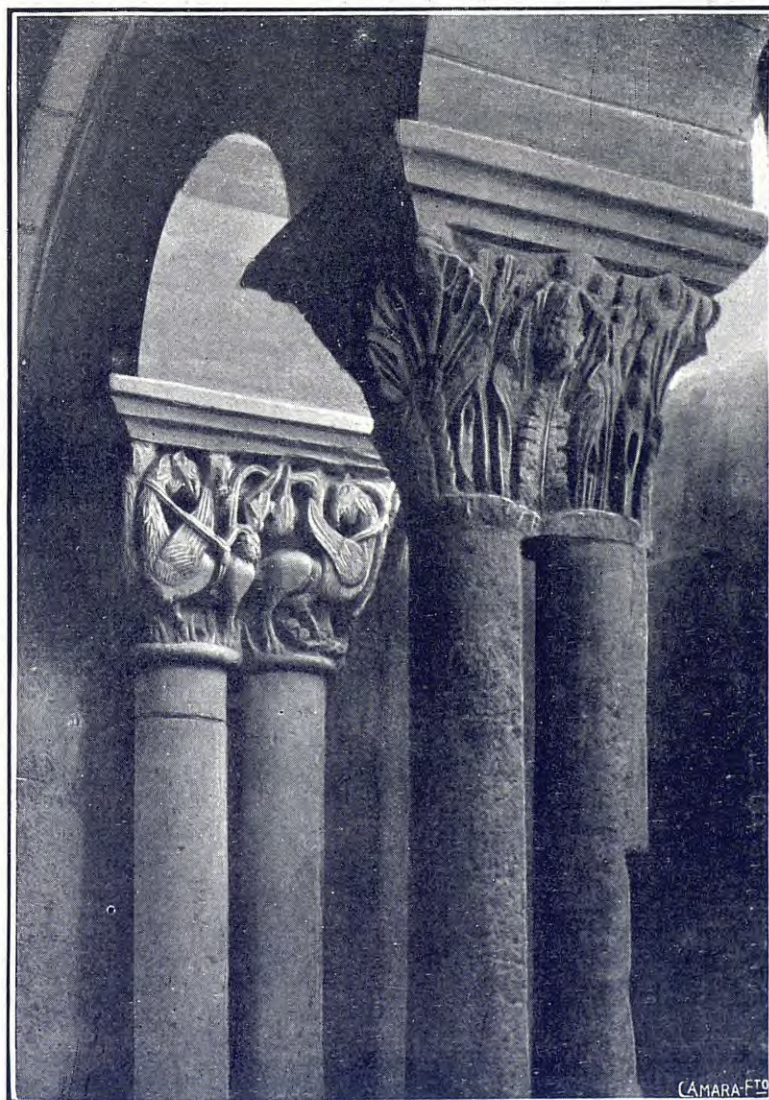
las más de las veces en pleno campo, se entra libremente, sin encontrar una persona encargada de su custodia y vigilancia que, en caso necesario, impida los desmanes que con harta frecuencia se cometen en los sagrados recintos, dignos de la veneración y el respeto de cuantos rinden culto al arte y la belleza.

Nosotros, que hemos recorrido toda la provincia palentina, hemos podido ver numerosas veces los atentados artísticos realizados por manos incultas, que, en muchos casos, sin darse cuenta de lo punible de su falta—y esto es lo peor—, no han tenido reparo de ningún género para raspar, por mera distracción, hermosas pinturas murales trazadas por artistas que la Historia immortalizó, ni han sentido escrúpulo para arrancar, fiados en la impunidad que les asegura la falta de vigilancia, un trozo de alguna valiosa dalmática, que yace, abandonada, en el oscuro rincón de una sacristía.

Y si esto ocurre con lo que se ve, con lo que no han querido llevarse, estimando que su valor sería escaso, ¿qué no habrá ocurrido y qué no ocurrirá con las reliquias que debieran haberse guardado con cuidado sumo y que han desaparecido para siempre?

Algún día nos ocuparemos de esta importante cuestión, aunque estamos seguros de que todo cuanto digamos caerá fatalmente en el vacío.

ABELARDO QUINTANAR



Columnas pareadas y capiteles de la sala capitular



FOTS. LUIS R. ALONSO

CUENTOS ESPAÑOLES



LOS HIJOS ESPIRITUALES

CON qué mezcla de amargor y de dulzura recordaba Federico los comienzos de su vida de escritor, cuando vivía con su madre, los dos solos! ¡Pobre madre! ¡Con qué emoción, con qué fe seguía la carrera literaria de su hijo! Tenía en el triunfo de éste mucha más confianza que él mismo. «Llegarás, hijo, llegarás», le decía empleando ese término de la jerga literatesca. Y le rodeaba de toda clase de prevenciones y cariños.

El trabajo de Federico era sagrado para su madre. Las criadas tenían que andar con zapatillas ó alpargatas y hasta de puntillas. A una que le dijo no haber llevado más que zapatos, la obligó á andar descalza hasta adquirir calzado silencioso. No les permitía berrear las cancioncillas en moda. «¡Está trabajando el señorito!» Tal era la consigna del silencio. No permitía que entrase nadie sino ella en el despacho de Federico á arreglarle los papeles. Arreglo que consistía en dejárselos exactamente donde estaban y como estaban. Ni que antes de limpiar la mesa de trabajo hubiese señalado, como quien acota, la posición de cada libro, de cada cuartilla, de cada objeto. No, las criadas no podían entrar allí, las criadas tienen la monomanía de la simetría, y por querer arreglarlo todo lo desarreglan.

¡Qué tiempos aquellos en que Federico vivía solo con su madre! Después se casó con Eulalia, bien que no á gusto de aquélla. «Pero si es un ángel, madre»—le decía él. «Sí, hijo, sí, todas las novias son ángeles, pero ya verás cuando tenga que quitarse las alas en casa... Porque con alas no se puede andar por casa, ni se cabe por la puerta de la alcoba, ni es posible acostarse con ellas... estorban mucho en la cama. No se sabe dónde ponerlas. Los ángeles, como los pájaros, vuelan ó se están de pie, pero no se acuestan.» Y así fué, que no aparecieron las alas del ángel del hogar.

Al principio, Eulalia fué una mujercita dis-

creta y tímida, como en espera de algo y en constante actitud de espionaje. Un íntimo espionaje doméstico. «Te está estudiando, hijo mío», le decía á Federico su madre. Y otras veces: «Está buscando tu flaco, porque no piensa sino en dominarte.» Y Eulalia, en efecto, no hacía sino escudriñarlo y avizorarlo todo y como si para algo se preparase. «Madre—le dijo una vez Federico á la suya—, parece en espera de algo.» «Claro, hijo mío, claro; es natural—le contestó ella—, está en espera del hijo.» Federico se quedó pensativo. Con aquello de su trabajo literario, con sus ansias de gloria y renombre, no había pensado que su mujer viviese de aquella espera.

Seguía la madre entrando en el despacho á arreglar los papeles de su hijo. La mujer apenas pisaba aquel cuarto de estudio y de trabajo; parecía tenerle aborrecimiento. Y rehuía de las aficiones y de la vocación literaria de su marido. Jamás le vieron leer ninguno de los escritos de Federico, aunque leyese otras cosas, sobre todo novelas de matar el tiempo de espera. Una vez que le oyó á su suegra que le decía á su hijo: «Llegarás, hijo mío, llegarás», preguntó la mujercita con displicencia: «Llegar... ¿á dónde?» Y cuando se lo explicó la madre, hizo un mohín de desdén y agregó: «A donde hay que llegar es á otra parte... Total, para lo que todo eso vale!...»

Pasaron los días y los meses, y la mujercita se iba poniendo más huraña y más recelosa. Se le habían caído del todo las alas y pisaba fuerte; á las veces parecía patear el suelo. Hasta que un día estalló. Y fué que estando la madre en el despacho de su hijo, arreglándole los papeles, quitando el polvo con la recogida devoción con que se limpia el altar de un templo, entró Eulalia y de repente, como en un acceso, le dijo: «¡Deje usted eso, madre!» «Pero, hija...» «¡Yo lo arreglaré!» Y tomando unas cuartillas escritas que había sobre el pupitre,

las rasgó diciendo: «Así, así, para lo que valen...» La madre estuvo al pronto por lanzarse sobre su nuera y arrebatarle de las manos los sagrados papelillos, mas luego se contuvo, la miró con lástima y asomándole á los ojos las lágrimas, le dijo: «Vamos, sí, Eulalia, que tienes celos.» «¿De quién? ¿De usted?» «De mí no, hija mía, de mí no... de la literatura, de la vocación de tu marido.» «¿Celos? Celos... ¡no! Que escriba lo que quiera, pero...» «Pero ¿qué, hija, qué?» «¡Nada!» Y se separaron.

Y seguían corriendo los meses, y habían pasado ya tres años que Federico y Eulalia se casaran. Y la pobre madre observaba que se cernía sobre la casa una muerte; algo peor que una muerte, pues ésta supone que se ha nacido. Eulalia se pasaba las horas muertas encerrada en su alcoba y Federico en su despacho, leyendo y escribiendo como un desesperado. Una vez que por descuido madre é hijo, en la mesa, hablaron de literatura—se llegó al convenio tácito de no hablar de ella, ni casi de otra cosa—, la mujercita estalló, diciendo: «¿Y para qué escribes, si con las rentas que tenemos nos sobra para los tres?» Madre é hijo se miraron acojados. «¡Para los tres nos sobra!—añadió ella con recogida furia y como silbando—. ¡Nos sobra para los tres!» Y como los otros dos se callaran, agregó: «¡Ahora para los tres... muy pronto para los dos!» «¿Quieres matarme, hija?»—preguntó la suegra. «No; pero á su edad y con sus achaques se morirá usted pronto, y quedaremos los dos solos, ¡solos los dos!» Y para eso no vale hacer literatura!»

Desde aquel día los achaques de la pobre madre se recrudecieron y murió á los pocos meses. «Ahora escribe una elegía á la muerte de tu madre—le dijo Eulalia á su marido—ya que no puedes escribir una oda triunfante al natalicio de tu primer hijo.» Federico hundió la cabeza sobre el pecho y rompió á llorar. Es que había oído, de voz viva de su mujer, el secreto que ya había

adivinado. «Tú crees—agregó ella—que no leo tus cosas... Pues bien, he leído algunas y he visto que á esos poemas, á esos cuentos, á esas fantasías, á todas esas necedades que se lleva el viento, las llamas tus hijos... espirituales. ¡Espirituales! ¡Espirituales! ¿Y qué es eso del espíritu? ¿Crees que voy yo á vivir de espíritu?»

Y estalló la guerra, una guerra terrible. Federico tenía que ir á estudiar y á escribir fuera de su casa, porque su mujer perseguía con saña todo lo que fuese escritura suya. Le rompía los manuscritos y las cuartillas y hasta las cartas que recibía. «Mejor si te quedases tonto—le dijo una vez, agregando—con tal de que...» «¿Qué?»—preguntó él. Y ella se limitó á añadir: «Con que espirituales, ¿eh? Espirituales... ¡Buen espíritu nos dé Dios!»

La mujercita, convertida ya en una diablesa, perseguía á su marido por dondequiera. Una vez se atrevió á ir á buscarle á la Redacción de un periódico, y al encontrarle escribiendo le pidió las cuartillas, y allí, delante de los otros redactores, se las hizo añicos diciendo: «Es lo que hay que hacer con los hijos... espirituales!» Federico lloraba. Y acabó por encerrarse en casa, á no escribir, á no leer, á hacer penitencia, á constituirse prisionero de su mujer. A la que empezaban á brotar alas, pero alas de diablesa. Y él, á todas horas, temblaba creyendo oír el zumbido de aquellas alas negras en el silencio.

Un día apareció Eulalia trayendo una gran muñeca, una pepona que había comprado. La acariciaba y besaba como una loca. Se la presentó á su marido y le chilló: «¡Anda, hombre, bésala, bésala!» Federico se quedó lívido; sentía que las alas negras de la diablesa le abanicaban la frente helada, y tembló. «¡Bésala te he di-

cho, bésala!» El pobre hombre, aterrado, puso sus labios secos y fríos en aquella carita de porcelana. «¡Así, hombre, así; es mi hija... espiritual! Me ha costado diez duros... No es cara, ¿eh?» Y como él callase, ella agregó: «¿Te parece cara?» «¡No!»—dijo el pobre. «Pues bien—continuó la mujercita, estremeciéndosele las invisibles alas negras—ahora puedes escribir y dedicaremos lo que ganes con la pluma á comprar hijos de estos, ¡también espirituales!» Federico fué... aquella tarde á visitar la tumba de su madre y á pensar allí en el suicidio. Pero una voz silenciosa que salía de bajo tierra le dijo: «¡Aguarda y sufre, hijo mío, que ya llegarás!»

Cuando volvió á su casa su mujer le llevó al despacho y allí, en uno de los estantes de la librería, le enseñó la muñeca acostada en una camita. «¿Y los libros que aquí había?»—preguntó como alelado Federico y comprendiendo que la pregunta era una inocentada de sainete en aquel lúgubre drama. «¿Los libros?»—dijo ella—. «Los libros? Pero habla bajito, que no se despierte... Los he echado á la calle, y no les he dado fuego porque el humo habría de molestar á la pobrecilla... no la despiertes...»

A los quince días volvió á entrar en casa la mujercita con otro muñeco. «Mira, Federico, mira qué pronto ha venido otro... no ha hecho falta diez meses; ha bastado con quince días. Y eso que tú no has querido escribir nada en este tiempo. Y debes escribir, sí, debes escribir, hay que hacerles ropitas, hay que cuidarles... Gracias que nada gastarán en escuela... Aunque ¿quién sabe? ¿A este qué le haremos? ¿Qué será? ¿Llegará? ¿Crees tú que llegará? ¡Vamos, dale un beso!» El pobre esclavo besó al nuevo muñeco. Y la mujercita arrojó á la calle otros cuantos

libros para instalar la cunita de su nuevo hijo espiritual. Es como les llamaba. Y cada mañana, al levantarse, y cada noche le obligaba á su marido á besar á los muñecos. «Son mis hijos... espirituales»—le decía. Y llegó á más, y es á acostar un día á uno de ellos entre ella y su marido. Pasó éste la noche toda en una fiebre de locura, delirando. Y á la mañana le dijo su mujer: «Te has pasado la noche llamando á tu madre... Es decir, supongo que sería á ella, porque decías: ¡madre!, ¡madre! ¡Y á mí no podías referirte!... Aunque sí, soy madre, madre espiritual de mis muñecos, como tú padre espiritual de tus escritos.» Y se echó á reír exclamando: «¡Padre espiritual! ¡Padre espiritual!» Y en adelante le llamaba así: el padre espiritual.

Y un día estalló la tragedia y dieron marido y mujer un terrible espectáculo. Y fué que él entró en el despacho y empezó á coger muñecos—había ya varios—y á echarlos por el balcón á la calle, mientras ella, furiosa, echaba á la calle libros y más libros. Y cuando no quedó en el despacho nada, y los vecinos, alarmados, acudían, dijo la mujercita con terrible calma: «Así, así, ni unos ni otros; ni los tuyos ni los míos. Y ahora hagamos las paces y vamos á rezar juntos junto al sepulcro de tu madre, que ya llegaremos, Federico, ¡ya llegaremos!» Federico huyó de su casa. Y vino la separación, y desde entonces vaga solo por el mundo, sin querer leer nada, sin escribir una letra, odiando toda literatura. Y ella se encerró donde no viera un niño.

MIGUEL DE UNAMUNO

DIBUJOS DE VARELA DE SELJAS



LO QUE FUÉ LA EPIDEMIA DE CÓLERA

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

Se habló en pasados meses de disminuir el alumbrado de gas en varias poblaciones, porque la escasez de carbón exigía que se escatimase el fluido. ¡A tales cicaterías empujan los estragos de la guerra que actualmente amedrenta al mundo entero! Pues bien, hace justos treinta y un años que el entonces alcalde de Madrid, D. Alberto Bosch y Fustegueras, dispuso que se suprimiese la tercera parte de los faroles públicos. La medida produjo vivas protestas, menos resonantes de lo que era de esperar por las circunstancias de aquel verano, en verdad terrible y anodador. Menudearon sobre nosotros calamidades infinitas: las pestes, los asolamientos y hasta las inquietudes políticas nos ensombrecieron la vida, y eso que quien ahora tales desventuras recuerda sentía dentro de su ser tan grandes pujanzas y alegrías que no se daba á partido frente á los más iracundos, terribles y poderosos males.

Fué el año del cólera, del terrible cólera... del 85. Nótese la afición que, para visitarnos, tuvo siempre el *terrible huésped* á las terminaciones en 5. El año 55 epidemia; el 55 nuevo azote, y el 65 más estragos... Pues bien, el verano á que me refiero fué en verdad espantoso. El cólera, iniciado en la provincia de Valencia, propagóse por toda la nación. En Murcia la enfermedad tuvo caracteres aterradores, á pesar de lo que el Gobierno procuraba encubrir la gravedad de las circunstancias, como si tales estratagemas fuesen eficaces. Cánovas, diputado por la provincia de Murcia, y Romero Robledo, Ministro de la Gobernación, tras visibles y poco airoas resistencias, acudieron al fin á la bella ciudad murciana, y los periodistas de entonces comentamos con dureza y burla las precauciones adoptadas por los dos próceres en su rápida, casi relampagueante excursión.

La epidemia se cebó también en Aranjuez, acaso por lo próximo que está el Real Sitio al mar de Ontígola, laguna extensa y palúdica. Los vecinos de Aranjuez sufrieron múltiples invasiones y hubo que enviarles médicos y socorros. En una mañana estival ardorosa, el Rey D. Alfonso XII se fué á la estación de Atocha con un ayudante, tomó dos billetes de primera y se metió en el carruaje correspondiente, dejando escritas con lápiz dos cartas: una á la Reina doña María Cristina para decirle sobre poco más ó menos: «Voy á visitar á los de Aranjuez; no te inquietes ni alarmes.» La otra carta era para Cánovas, manifestándole que no había consultado con él la expedición con el propósito de eludir la negativa.

Llegó el Rey al pueblo donde el cólera hacía estragos; visitó las casas de los pobres, repartió dinero, infundió alientos. Los vecinos de Aranjuez segufan al soberano llenos de frenético entusiasmo, besándole, acariciándole con las nobles expansiones de las multitudes más enardecidas por la gratitud.

Mientras tanto, en Madrid corrió la noticia como el fuego por la pólvora. En cafés, en círculos, en redacciones de periódicos, en las calles, en todas partes se hablaba del Rey... ¡Se ha ido

solo á visitar los coléricos!... ¡Qué hombre más resuelto, más valeroso!... ¡Vale un mundo!... ¡Y el Gobierno sin saber una palabra!... ¡Buena lección para quienes remoloneaban antes de ir á Murcia!...

Don Alfonso XII, á la caída de la tarde, dispuso el regreso desde el Real Sitio á la corte en compañía de D. Francisco Silvela, Ministro de Gracia y Justicia, que fué en busca del Monarca, y del Gobernador civil... El poder público mostrase un poco alarmado por boca de su representante. «He realizado mi deseo—replicó don Alfonso—obedeciendo á un impulso de mi corazón, pero sin desconocer mis obligaciones constitucionales...» El tren real partió de Aranjuez muy á última hora después de haber Su Majestad visitado á los coléricos y distribuido socorros y consuelos al vecindario que le seguía enternecido, vitoreándole con noble apasionamiento.

En Madrid todas las clases sociales apercibiéronse para recibir al Monarca en estruendosa manifestación de aplauso. Nadie vaciló. Hay que aclamarle como se merece—decían—y entre tanto D. Alfonso, evitando halagos, quiso entrar en la capital no por la estación de Atocha, sino por el lugar llamado «La Campanilla».

La Reina acudió á esperar á su augusto esposo, y al pasar por entre la muchedumbre que llenaba el paseo de Atocha sintió el estruendo de las aclamaciones. El Rey, sereno, sonriente,



D. JOAQUÍN RUIZ JIMÉNEZ

del Gobernador civil D. Raimundo Fernández Villaverde, ascendido á Ministro durante la epidemia y que demostró toda la serenidad y la entereza propias de su espíritu varonil y bondadoso.

Por cierto que varios doctores madrileños organizaron un banquete para festejar al Ministro y á los compañeros que más se habían distinguido en Aranjuez. Se dispuso la comida en el antiguo embarcadero del Retiro, en el lugar que hoy ocupa el monumento á D. Alfonso XII.

El banquete iba á celebrarse á las ocho y media de la noche y á las ocho se desencadenó una tormenta brutal. Parecía el derrumbamiento del mundo entero. Los concurrentes al homenaje nos acogimos al pabellón de las lanchas y pasamos un susto regular, porque fueron muchos los rayos que cayeron por aquellos lugares. Al día siguiente del anunciado se celebró el festejo y también tuvimos la desagradable compañía de la tempestad.

¡Quién nos hiciera, á pesar de todo, volver á tan lejanos días! Varios de los que me lean acaso los recuerden. Yo tengo bien presente algunos pormenores; por entonces se nombraba juez municipal del Hospicio á un joven jurisconsulto recién llegado de Jaén, D. Joaquín Ruiz Jiménez, y se nombraba también juez de la Audiencia á un periodista de *El Imparcial*, don Manuel Sáenz de Quejana; fué por tal época cuando se estableció el obispado de Madrid, confiándose al P. Izquierdo, que al año siguiente sucumbía asesinado en las gradas de la Catedral; fué también cuando dejó este mundo un personaje muy conocido por sus exaltadas ideas durante la revolución, D. Roque Barcia, y cuando también entregaba su alma á Dios otro político famoso por su apego al tradicionalismo, D. Cándido Nocedal, el mismo que en vida extrañábase del nombre que le pusieron en la pila. En el verano á que aludo representaron una zarzuela en función de aficionados D. Felipe Ducacal, de quien ya no sabe nada la generación presente, y D. Eduardo Vela, el actual alto funcionario del Ayuntamiento de Madrid. En tales días un escritor republicano muy temido en su época, D. Andrés Solís, director de *El Progreso*, se escabulló de las manos de la policía cuando le llevaban desde la cárcel á la Audiencia. ¡Qué período aquel en que lo más chocante del atavío de las mujeres era el polsón; cuando las hembras del pueblo aún no habían perdido el hábito de tocarse con pañuelos de seda y las señoritas se avergonzaban de lucir las piernas, entregadas ahora á generales y provocativas expansiones! Todo aquello pasó; mejor dicho, mucho de aquello ha desaparecido porque el tiempo no pasa, es siempre uno y lo mismo. Las criaturas nos consumimos, pero la vida sigue su curso cada vez más agradable y acariciadora.

Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



D. MANUEL SÁENZ DE QUEJANA

al detenerse el convoy y descender del coche, abrazó á la Reina y con ella subió á un landó escoltado por la Guardia Civil de caballería.

Dispuso el soberano que se retirase la fuerza y en marcha triunfal atravesó Madrid, recibiendo el homenaje más espontáneo, más ardiente y más merecido de cuantos he presenciado.

Y eso que los tiempos no eran muy propicios para la Monarquía. En el Congreso, Castelar, combatiendo contra Pidal, presagiaba al trono grandes males si persistía la acentuación ultramontana del Gabinete Cánovas. Martos era también portentoso vocero de las alarmas democráticas; el país sentíase agobiado por tristezas y penurias infinitas. La anarquía sanitaria llegó á tales extremos que en muchos sitios recibían á tiros á los forasteros; se establecieron cordones á temible capricho de los vecinos de ciudades y villas; en Granada la mortandad y la miseria fueron espantosas; no fueron menores en Madrid, y durante la noche ardían en todas las calles hogueras con azufre que daban aspecto siniestro á la población y se empezaba á hablar de que Alemania quería arrebatar nos posesiones nuestras de Oceanía, con lo cual advertíanse en la opinión recelos que al fin explotaron, como se verá en capítulo próximo.

En compensación de tanta desdicha hubo rasgos meritorios que enaltecer. Además del de D. Alfonso XII, ya citado, el del arzobispo de Granada, que estuvo hecho un héroe, el de muchos médicos, que se portaron bravamente, y el



D. ALBERTO BOSCH

LA ESFERA
DE LA VIEJA ESPAÑA



LA TORRE DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE DUEÑAS (PALENCIA)

FOT. LUIS R. ALONSO

Esta iglesia, edificada á principios del siglo XIII, corresponde al estilo de transición románico ojival. En su interior se conservan los sepulcros de los condes de Buendía y un hermoso retablo gótico de gran valor



DESPUÉS DE LA TEMPESTAD

Brilla de nuevo la calma
después de la tempestad,
el sol colora las nubes
que disipándose van,
pero se miran flotando
sobre las olas del mar
los náufragos que murieron
y las tablas, rotas ya,
de barcos que deshicieron
las olas y el huracán.

También á nuestros amores
torna de nuevo la paz
y el sol de claros matices
su luz derramando va,
pero aquellas ilusiones
imposibles de olvidar,
aquella fe que nos trajo
horas de felicidad,
los sueños que terminaban
en un dulce despertar,

abandonan nuestros pechos
para no volver jamás,
y como los pobres náufragos
que arrojó la tempestad,
flotan en lecho de muerte
y no resucitarán.

Narciso DÍAZ DE ESCODAR

DIBUJO DE R. VERDUGO LANDI



LA PUERTA MUDA

Era un huerto florido
y una puerta propicia.
Esto fué ayer, cuando un Abril glorioso
daba honor y altivez á este refugio...
Hoy el Olvido, hermano de la huesa,
ha trocado los oros en cenizas,
y el huerto está sin frondas,
y la puerta está muda.

¿Qué ha sido de las manos que empujaban
esta puerta, con prisa ó con enojo?
¿Qué fué de su aldabón, donde el Misterio,
el Amor ó la Muerte se posaron,
arrancando á los aires
un largo escalofrío de alboroto?
¿Quién quiso que esta puerta se quedara
cerrada para siempre?

Convertida en esfinge
—fin ó principio del afán humano—,
ni se abre á la Esperanza, que camina,
ni á la Desilusión, que se detiene.
Cerrada, silenciosa,

polvorienta y caduca,
es una audaz pregunta, siempre viva,
ante la afirmación de lo que acaba.

El herbazal vicioso
va invadiendo el recinto lentamente;
se resquebraja el muro;
la carcoma y la araña fraternizan;
cansada y sin color está la piedra;
las tenebrosas alas del silencio
cubren el rebullir de los gusanos;
y, al cuajar el crepúsculo, se alarga
la siniestra risilla de la Intrusa...

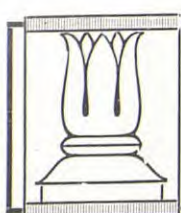
¡Rincón abandonado,
donde el sol, solamente, no se queja!
donde un cardo y un lirio, acaso juntos,
proclaman la hermandad de la ruina,
y la tierra se pudre, bajo el cielo,
en una convulsión inacabable;
refugio donde el tiempo se hace aroma,
color y aristocracia:
¿qué habrá tras esa puerta

que ha quedado cerrada para siempre?
¿Cómo romper su trágico misterio
—acaso claridad, tal vez tiniebla—
que la mano inflexible del Destino
arrojó á la impiedad del abandono?

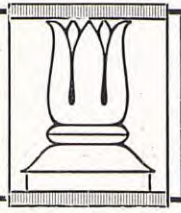
¡Oh, puerta alucinante!
Todo, á su alrededor, vive muriendo
con la larga agonía de las cosas;
la hiedra tiene orgullo de penacho;
el solapado musgo avanza y crece;
el inmundo bichejo multiplica
su viscoso temblor entre la hierba;
y, mientras todo es soledad, espanto,
derrumbamiento, senectud y sombra,
la puerta, inexorable,
repite al vagabundo peregrino:
—“No intentes penetrar: es imposible”;
ó: —“No puedes salir: yo te lo impido...”

E. RAMÍREZ ANGEL

CUADRO DE ROBLADANO



LA CASA DE LOS HEROS ERA DE VIDRIO Y QUEBRÓSE



Al pasar por la calle de la Greda, la veo hecha solar, solar hipócrita, pues le tapan las dos fachadas que es lo único en pie que resta del edificio que fué Presidencia del Consejo de Ministros y sobre cuyo terreno parece que va a alzarse el nuevo Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

La fachada de la calle de Alcalá permanece en pie, intacta y cerrada, pero embadurnada de papelotes de colorines y hecha una enorme cartelera. Parece como un símbolo aquel resto de una casa que fué un pedazo de la historia de España. Un muro suntuoso con elegante balconaje y amplia puerta palaciana y clausurada. Detrás nada, el vacío desolador de un terreno asolado.

Frágiles son las cosas mundanales y quebradizas como el cristal las pompas humanas y grandezas terrenas; ¡á cuántas situaciones políticas que ella ha conocido y puede decirse también que ha presidido puede parecerse esta casa! Sólida y fuerte en apariencia, ruinosa en realidad y pronta á desmoronarse como el partido liberal que acaudilla Romanones. Los manes traviesos de Sagasta huyeron, lo mismo que había huido su persona.

Los hombres de peso, esos hombres que la gente de orden adora, calculando por lo visto el mérito según los hilos, no podían por menos de hacer sentir también su gravedad sobre los pavimentos de aquel palacete presidencial. Y la presencia asidua de nuestros más pesados conspicuos dieron por fin el golpe de gracia á la resistencia ya muy menguada de aquellos pisos que se acordaban del tiempo en que sustentaban gráciles vidrios de La Granja.

Eso era en el bello tiempo en que podíamos enorgullecernos de los cristales de La Granja y de la Moncloa, como pudimos también hablar altivamente de las porcelanas del Buen Retiro á quien nos trajera á colación las de Sevres ó de Capo-di-Monte.

Las porcelanas del Buen Retiro desaparecieron como desapareció con su fábrica la ermita de San Antonio y cegóse luego el canal del Mollo que le bordeaba y sobre cuyo cauce plugo al duque de Fernán-Núñez la peregrina idea de trazar un paseo de coches que maldita la falta que hacía en el hermoso bosque. En la casa donde se guardaban aquellas cerámicas sin par hallase hoy instalada la Academia de Jurisprudencia. Los cristales guardáronse en este edificio de la calle de Alcalá, al cual ejercicio dieron el carácter de fragilidad que le hizo perecer á los cien y pico de años de su construcción.

¡Quién diera á la villa de Madrid el placer de ver resucitado á aquel D. Marián de los Heros que habitó esos salones! Aquel hombre que desde su cargo de intendente de la real casa fué un activo colaborador de Argüelles en grandes beneficios estéticos y prácticos para esta corte, vivió allí en sus buenos tiempos y fué luego á morir en la casa de la calle de Lope de Vega, donde acabaron también Gil de la Cuadra y el propio y divino Don Agustín.

La casa de los Heros, que así quedó su nombre, cambióse luego en morada principesca. Ella sirvió de vivienda hasta 1865 al notable y peregrino Infante D. Sebastián, grande amigo de poetas y amigo también de considerar la vida como una novela. Y esta casa, que tenía asimismo un abolengo antiguo, pues en ella tuvo su estudio D. José de Madrazo, apóstol del academismo, paladín en España de la escuela de David, y padre de D. Federico y D. Pedro; esta casa, que como digo tenía un prestigio de arte, vino á consumir sus días destinada á tan procaico menester como el de dar alojamiento á la Presidencia del Consejo de Ministros.

Pasó no obstante por un período de esplendor, cuando en 1869 viose constituida en palacio del regente del reino. La duquesa de la Torre, árbitro entonces de elegancias, á despecho de

las damas isabelinas, aposentó allí la corte de su imperio mundano mientras su marido asumía la más alta representación nacional. Y no deja de tener su encanto, histórico ya, el recuerdo de aquel salón revolucionario donde se hacía la historia de España entre el abrir y cerrar de los grandes abanicos pericones.

Bajo las espuelas del general Serrano comenzó á retemblar demasiado el edificio. Tras la fugacidad republicana el espadón de Marín Campos resonó también excesivamente al chocar con los peldaños de las escaleras. Después entró Cánovas tosiendo fuerte y los muros acabaron de quebrantarse.

La imperturbabilidad de Sagasta les acostumbró luego á dejar pasar el tiempo, y así se les daba de la tinta de los calamares como de la mayor ó menor luminosidad de los fosforitos. Más tarde, si algo quedaba de solidez en el edificio, perdiola por momentos cuando Montero Ríos fué jefe del Gobierno. El domicilio presidencial se le llenó de individuos de la familia, y no era lo bastante capaz para contenerlos á todos ni lo suficientemente fuerte para resistirlos. Vino Maura, después de haber enterrado á Silvela y Villaverde, y la casa, que había conocido tiempos mejores, no quiso aguantar lo que se la venía encima.

Canalejas tuvo que marchar de allí á refugiarse en las Salesas, que también han pasado ya á la historia. Y el vetusto caserón de la calle de Alcalá, lo mismo que algunas situaciones y reputaciones políticas que vió pasar bajo sus techos, fué inconsistente y frágil como las diáfanas y tenues cristalerías que guardaba. Todo ello siguiendo el estribillo de la letrilla quevedesca:

«Era de vidrio y quebróse.»

PEDRO DE RÉPIDE

FOT. SALAZAR

LA ESFERA

LA MODA FEMENINA



CONSERVANDO todavía la impresión de las aguas marinas sobre la piel, beso de espumas en nácares rosados, como decía un poeta modernista compañero mío en el hotel esta temporada, experimentamos al llegar á Madrid la grata sensación de los preludios otoñales en ningún lado tan atractivos, de tanta sugestión y de tan simpática melancolía como en la capital de nuestro reino.

Más que un principio de abatimiento donde todo muere bajo el rigor inclemente de los cielos grises, parece el resurgir de una nueva vida, el nacimiento de una actividad febril que llena las calles, invade los paseos, destella luces en los escaparates altivos de las joyerías, hierve en las tiendas, triunfa en los talleres de las modistas más notables y de los más famosos artistas del vestido, discretea en los salones, satiriza y murmura en los teatros, ríe discretamente amparándose en el misterio de los abanicos, desde la enigmática penumbra de los coches tapizados de seda... Porque el otoño de Madrid es vivacidad, alegría, ingenio, elegancia.

Bajo los árboles viejos de La Castellana, que cambian el verdor intenso de Julio por el oro plácido de Octubre, discurre una muchedumbre selecta, distinguida, aristocrática. Damas de espléndidos atavíos, en los que el gusto y la moda brindan un adecuado fondo al lucimiento de la femenina belleza; señoritas encantadoras, delicadas, sutiles, como frágiles muñequitas de porcelana, que desde la opulencia de los automóviles ofrecen la maga perfección de sus siluetas y armónicos perfiles que compiten en serenidad y nobleza con los más puros modelos clásicos de la escultura helena; trenes lujosos que denotan el fausto y poderío de sus dueños; joyas riquí-



simas que brillan sobre la finura aterciopelada de los escotes, sobre la carnosidad del lóbulo ó en la pulida redondez de los dedos, como gotas de rocío en los cálices de las flores ó en la delicada esbeltez de los tallos.

Es el tiempo de la relación y del comentario; el que nos trae entre crepúsculos dorados y entre nubes de ópalo y de grana la hora confidencial de los tés, como la hora feliz de los recuerdos, de las evocaciones y de las esperanzas. Por eso, quizás, se envuelva en las sombras primeras del anochecer, que son misterio, poesía y sentimentalismo y guste de acogerse al abrigo de los cristales y al amparo de las airoas plantas de salón.

Yo tengo un cariño muy grande para las horas del té. Porque en ellas logré mis mejores amigas y mis afecciones más cordiales. Es verdad también que entre estas rosas vino en ocasiones el dolor de alguna espina punzadora y aguda, amarga como un desengaño.

Pero vino bien, y después de sufrida la cruel impresión dejó para que fuera gustada á capricho la voluptuosidad del recuerdo. Porque ¿qué-réis decirme, adoradas amigas, qué mujer no tiene en la intimidad de sus secretos el placer de una tortura sentimental, de un pesar romántico, que ella misma mantiene y aviva, cultivándolos con la frecuente evocación para sonreír generosamente ahora de las desconsoladoras lágrimas y ahogados sollozos de entonces?

Es tan dulce, tan consolador, tan amoroso, tan femenino, sepultar la primera impresión en el arca cerrada del pecho, para resucitarla á la emoción del alma cuando en la paz de las tardes el espíritu se aquieta y los ojos fijos se hunden allá, en el abismo del pasado...

ROSALINDA

DE NORTE A SUR

La caricatura cinematográfica

Nunca hemos sentido esa cólera grotesca y ese odio impotente de ciertos elementos que viven del teatro en España contra el cinematógrafo. Estos elementos son los traductores de revistas en que todo se confía a las caras bonitas de las quintas tiples, a la desnudez de la primera, a las sorpresas del decorado y a los cuplés de relativa intención; los autores de comedias, a base única de chistes y palabras de varias interpretaciones; los cómicos que no dominan el gesto y que la chabacanería del público, hija de la de ellos, amanece para siempre...

Toda esta laya de gente que constituye la mayoría de quienes viven del teatro, odian el cinematógrafo porque saben que el cinematógrafo les rechazaría despectiva é irrevocablemente.

Les rechazaría, mejor dicho, porque el teatro quedará reducido en lo porvenir a conciertos y pantomimas bailables.

Lejos de perder con el cambio de las comedias y dramas y sainetes, ganará todo el mundo: los autores, los cómicos y el público. Además, los elementos auxiliares son muchos más y más importantes y mejor retribuidos en el cinematógrafo que en el teatro.

Desde hace algún tiempo forman parte de esos elementos los caricaturistas.

Los verdaderos caricaturistas. Porque el cinematógrafo es una excelente piedra de toque para las condiciones estéticas y técnicas de los artistas.

Es inútil se acerquen a la blanca pantalla los autores dramáticos que sólo hacen mala literatura y los autores cómicos cuya gracia radica solamente en la chistorrea. En los cinemadramas y cinemacomedias, sólo existe la emoción y la gracia en las situaciones. Hemos visto fracasar en la impresión de películas a estos medianillos faranduleros que el compadrazgo y los intereses creados hacen pasar en España por eminencias de uno y otro género; porque no es lo mismo tener bien organizada «la claque» y hacer comedias ñoñas para público aristocrático, ó zarzuelillas absurdas para público democrático, que moverse desembarazada y naturalmente en la limitación expresiva de la película.

Todo en el cinematógrafo significa la depuración, la estilización, la expresión neta y concreta de las respectivas artes.

Por eso, al intervenir la caricatura, no han podido entrar todos los caricaturistas, sino aquellos que dominan la intencionada simplificación de las líneas. Nunca los que fían el efecto cómico de sus dibujos a la gracia de los «pies» ó leyendas, ni los que confunden la caricatura con los dibujos simplemente grotescos. Es preciso que las líneas hablen por sí mismas y que los personajes caricaturicen en sus gestos y ademanes los de personas ó animales á quienes representan.

La aparición de la caricatura en el cinematógrafo la señalaron aquellas caricaturas actualistas de la *Revista Pathé*. Después de las movibles escenas de todos los sucesos semanales culminantes aparecía la inmóvil sátira política. Era una desilusionada rectificación de las proyecciones anteriores. Se pensaba por un momento haber retrocedido á los tiempos ingenuos de la linterna mágica.

No; no será, no podía ser éste el papel de la caricatura en el cinematógrafo dentro de la suma de perfeccionamientos que supone. Iba más allá del teatro, más allá de las revistas gráficas; era preciso también que fuera más allá de la caricatura, en su inocente esfuerzo de expresar el movimiento con líneas de puntos contorneando varias veces los miembros de las figuras ó desarrollando un episodio en las varias viñetas de una historia.

Y esta transformación llegó al fin. La iniciaron, lógicamente, los dibujantes yankis.

Si los caricaturistas franceses son los maestros del ingenio, y los alemanes los maestros de la estilización, los yankis son los maestros de la expresión. Acostumbrados á poner en labios de sus personajes las frases que pronuncian, con



GOLDBERG
Célebre caricaturista yanqui

una instintiva sumisión á los procedimientos de los pintores primitivos y de los hagiógrafos medioevales, los caricaturistas yankis llegan á una portentosa fusión de los rasgos fisonómicos y de las actitudes con las palabras.

Podían, por lo tanto, llegar á suprimir por innecesarias estas últimas, ya que la expresión era tan elocuente. De aquí su lógico é inmediato triunfo en el cinematógrafo.

Poco á poco empezaron á surgir esas historietas regocijadas de cazadores, de bandidos y

policías, de fábulas interpretadas por animales. Pero no bastaba con la maestría de la expresión. Eran precisos una paciencia extraordinaria y un dominio del dibujo verdaderamente excepcional. Una historieta que en el periódico puede desarrollarse en ocho, en diez dibujos, exige para la película caricaturesca novecientos ó mil. Ha de seguir el artista sobre sus cartones el mismo procedimiento mecánico del objetivo fotográfico. Sólo entre el dibujo número uno y número quince, por ejemplo, se nota el cambio de actitud de las figuras. Del dos al catorce no tienen otra razón que someterse á la evolución de los dos equilibrios.

Hasta ahora, el caricaturista cinemático que ha logrado reunir con más admirable ingenio creador la gracia expresiva y el movimiento, es Goldberg, el dibujante de *New York Mail*. En el cinematógrafo el triunfo es de los jóvenes. Goldberg no ha cumplido aún treinta años y si no es ya millonario, como Chaplin, lo será muy pronto. Aquí, en España, donde á los humoristas se les conceden veinte ó veinticinco pesetas por un dibujo, sorprenderá saber que Goldberg cobra por una historieta para la «Transatlantic» cinco ó seis mil dólares...

El retrato del Cardenal Mercier

He aquí un retrato que, á través de los siglos, dirá austeramente la cólera de la Humanidad frente á una gran injusticia. No hablará este retrato de un Cardenal de hoy, á los hombres de mañana, con las mismas evocaciones suntuosas, señoriles y apaciguadas por los días muelles que hablan los de los Cardenales y Pontífices del Renacimiento italiano. Tampoco, aun habiendo sido creado en un período de guerrera barbarie, podrá imaginarse que este hombre flaco, de ascético rostro, de pupilas desbrillantadas por lágrimas ardientes, subió á un corcel de batalla y cambió su capelo por el casco de acero como los sacerdotes de otro tiempo...

Alberto Besnard ha pintado este retrato del Cardenal Mercier. No le han acolchado el espíritu las molices de la Villa Médicis en Roma; no ha sentido la tentación de dar á las púrpuras de la cardenalicia indumentaria, las sensuales lejanías italianas que contempla en los espléndidos jardines y en los lienzos de las pinacotecas.

No ha querido tampoco el gran pintor francés recordar el deslumbrador cromatismo de sus escenas de la India, la galante elegancia de los retratos de actrices y damas aristocráticas parisenses, la exaltación luminosa de su plafón admirabilísimo del *Théâtre-Français*.

No. Solamente vibra la nota cálida del traje en violento contraste del rostro marfilino. Y simbólicamente se piensa en otras obras del maestro; en sus *panneaux* decorativos de Berck. Ciertamente este Cristo es el mismo que en *La muerte* empuja fuera de la habitación á las mujeres del falso dolor y á quien ofrece el padre el hijo recién nacido como un ex-voto al universal sufrimiento. Pero es más todavía el Cristo del tercer *panneau* titulado *El mal*, que se tambalea sangriento sobre los homicidas, los alcohólicos, los mendigos, los vesánicos, los lacrados por herencias fisiológicas de podredumbre mientras en el fondo humean las fábricas por el trabajo y una ciudad por la humana y enemiga destrucción implacable.

Sin embargo, en este Cristo que hay á la izquierda del retrato del Cardenal Mercier, no se ve la cruz, pero tiene la actitud del Crucificado.

La cruz no se emplea ahora para clavar en ella á los hombres. Son los mismos hombres quienes se vanaglorian en el pecho, sobre el corazón; no dentro del corazón.

Ni tampoco es un hombre el sacrificado, sino todo un pueblo, el mismo pueblo que Besnard ha simbolizado en esa tolvanera de cenizas y de enrojecido humo que entra por la ventana de la derecha, como en los retratos de los cardenales del Renacimiento entraba la señorial y galante calma de un jardín romano.



Alberto Besnard pintando el retrato del Cardenal Mercier
FOT. BRANGER

José FRANCÉS